BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del ESPACIO

# SOY... EL ULTIMO

CURTIS GARLAND

CIENCIA FICCION



# Datos del libro

Autor: Garland, Curtis
ISBN: 9780000000002
Generado con: QualityEbook v0.60

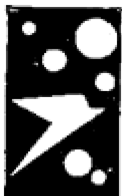
# SOY... EL ÚLTIMO




*CURTIS GALAND*

*SOY... EL ÚLTIMO*

***LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 115***
*Publicación semanal.*



**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**
**BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS — MEXICO**

*Depósito Legal B. 35.087 − 1972*

*Impreso en España — Printed in Spain*

*1.ª edición: OCTUBRE, 1972*

*de* ***EDITORIAL BRUGUERA. S. A***.
*Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)*

*Impreso en los Talleres Gráficos de* ***Editorial Bruguera, S.A.***
*Mora la Nueva, 2 — Barcelona —*

«El día séptimo le examinará y si el mal no parece haber cundido ni haberse extendido sobre la piel, le recluirá por segunda vez otros siete días. Y al séptimo día je examinaré nuevamente...»

«...Y, si, en efecto, cubre todo su cuerpo, el sacerdote declarará puro al enfermo: pues se ha puesto todo blanco, será puro... Si la mancha está más hundida que .el resto de la piel, y el pelo se ha vuelto blanco, le declarará impuro...

...Llevará rasgadas sus vestiduras, desnuda la cabeza, y cubrirá su barba, e irá clamando: «¡Inmundo, inmundo!»

Levítico, XIII, 5-6-13-20-45.»

.«...Es holocausto, ofrenda encendida de suave olor para Yavé.»

Levítico, I-13.

«Yo soy él Alfa y la Omega, el primero y el último, el principio y el fin... Bienaventurados los que lavan sus túnicas para tener derecho al árbol de la vida y a entrar por los puertas que dan acceso a la ciudad.»

Apocalipsis, XXII, 13-14.»

# Libro Primero

## EL SÉPTIMO DÍA

# CAPITULO PRIMERO

NO pude evitarlo.

Regresé.

No hubiese querido regresar. Nunca como entonces me hubiera gustado tener autonomía, independencia total de acción...

No era posible. Los mecanismos estaban programados así. Cuando nadie me manipulase a distancia, cuando, yo no .fuera capaz de manejar la nave... lo haría la computadora. La fiel y obediente computadora. La que jamás fallaba. No podía fallar. Hombres minuciosos, técnicas infalibles, circuitos perfectos, ajustados con precisión milimétrica, se ocupaban de eso.

Y no hubo fallos. Ni uno solo.

No los hubo, aunque yo los deseaba. Intenté incluso descomponer la computadora. Era un suicidio, claro, porque me quedaría perdido para siempre en el vacío.

Aun así, lo intenté. Un hombre, en ciertos momentos, cree tener derecho incluso al suicidio. Quizá esté equivocado. Pero uno no piensa en errores en ese instante. Pero sólo piensa en morir.

Morir, a veces, es lo mejor que puede sucederle a uno.

Pero la computadora estaba demasiado bien instruida para dejarme cometer el suicidio mismo.

Me rechazó, con una fuerte descarga. Me dejó aturdido, pero no vencido. Insistí, y la descarga eléctrica fue mayor. Me avisó con aquellas frías e impersonales letras suyas, impresas en una pantalla fluorescente de la computadora:

«Cuidado. La próxima vez puedo paralizar toda acción suya con una descarga mayor. Este es un último aviso.»

La pantalla me ofreció entonces su roja luz de emergencia, porque para eso la habían programado también, Luego, varió al verde opalescente y helado de siempre. Las letras se borraron, sustituidas con fría mecánica por los sistemas electrónicos del ingenio cibernético de a bordo:

«No hay nada que temer. Todo correcto. Funcionamiento perfecto. Regresamos a la Tierra. Sin novedad.»

—¡Oh, no, no! —gemí—. ¡A la Tierra... no! ¡Nunca...! Pero la maldita no entendía. No entendía nada. No sabía nada, salvo lo que le habían programado los malditos científicos y cibernéticos de tumo. Lo que los expertos en vuelos espaciales decidieron previamente en mi propio beneficio, a bordo del satélite meteorológico, de observación SPACE CLIMAX 1022. O«SC-1022», como se decía abreviadamente.

No intenté más. Era inútil. Tan inútil como hacer entender a una endiablada máquina, a un puñado de circuitos programados por sólo Dios sabía quién.

Sencillamente, me senté dentro de la cabina. Contemplé los datos técnicos en las pantallas indicadoras. Me dejé llevar. Regresé a la Tierra, que era lo que tenía previsto la máquina, lo que le habían programado para una situación así.

Respiré hondo. Estrujé mis manos, clavando las uñas en el blando material esponjoso de los brazos de mi asiento. Traté de no pensar. Pero era difícil hacerlo. Pulsé algunos resortes, con una vana, remota esperanza que ya, realmente, ni siquiera era esperanza.

Obtuve el mismo resultado de siempre silencio. Silencio en los auriculares, silencio en el transmisor receptor. Silencio en las

pantallas de contacto a distancia. Silencio en el radioteléfono especial de emergencia. Silencio, con la salvedad de aquel zumbido prolongado, aquel parásito incansable, que zumbaba en alguna parte, llegando hasta los sistemas de comunicación de la cabina...

Silencio. Siempre silencio.

Pulsé otro botón. Se encendió el cuadro luminoso del mapamundi mural. Sobre él, un destello leve, trazando una trayectoria concreta: mi nave SC-1022. En descenso hacia la Tierra...

Contemplé aquel mural luminoso con ojos graves, profundos. Sentía una honda amargura y una sensación depresiva, amoladora, dentro de mí. Traté de olvidar. Vi que el punto luminoso flotaba indeciso sobre Europa y África. Su trayectoria parecía rumbo al Mediterráneo. Algo así estaba previsto entonces, lo recordaba bien. Conforme a las coordenadas en el momento del descenso, ya sabía yo eso de antemano: el Mediterráneo era mi destino. Lejos, muy lejos de mi país, de mi ciudad, de mi gente...

Mi país... Mi ciudad... Mi gente...

*Gente.*

Reí. Reí como un loco. Como si, de repente, hubiese perdido la razón en la soledad casi cósmica de mi pequeño satélite artificial de estudios meteorológicos y científicos.

Luego, creo que lloré. O empecé a llorar, cuando menos. Pero me dominé. Siempre he sabido dominarme. Incluso ahora podía hacerlo. Y eso no era fácil.

Aun así, volví a pensar, mientras el satélite descendía hacia su punto definido, ya previsto por la computadora, en un amerizaje suave. Volví a pensar en todo aquello. En el mundo. En mi país., En mi ciudad. En mi gente.

Parecía increíble. Resultaba espantoso pensarlo. Uno se resistía a admitirlo. Pero era la verdad. No había nada de eso. Ni países, ni ciudades, Ni gente.

Nada. Nadie.

No había nada ni nadie allá abajo. Me esperaba un mundo vacío. La Tierra, muerta, Los malditos lo hablan conseguido al fin. La Humanidad se había terminado. El Hombre era leyenda. Sólo quedaba uno: yo. *Yo...*

Era el último. SOY el último...., Por eso me pregunto, angustiado, horrorizado: —¿Para qué? ¿Para qué vuelvo, Señor...?

* * *

—¿Para qué? ¿Para qué he vuelto...?

Nadie me respondió. Nadie me oyó tampoco. A mi alrededor, el mar producía rumor de oleaje. La canoa neumática me iba acercando, insensiblemente, al litoral.

El sol era frío, apagado y triste. Un día otoñal mediterráneo. No hacía una temperatura muy baja, pero el clima era desapacible. Sin gaviotas, eso sí. El silencio resultaba siniestro. Ni siquiera un chirrido de aves. Nada...

La embarcación neumática, con su vivo color naranja, especial para ser detectado visualmente desde el aire con toda facilidad, se mecía suavemente sobre las olas mansas. Pero no había helicópteros ni navíos en torno. Nadie detectaba mi presencia frente a las costas mediterráneas, en aquella latitud meridional. Me pregunté dónde estaría la Sexta Flota, dónde los rusos con sus navíos. Dónde los turistas es busca del tiempo benigno...,

Nunca me habían gustado las gaviotas. Sus chillidos, sobrevolando a ras del mar me ponían nervioso. Ahora las echaba de menos. Me hubiera gustado oírlas. Me hubiera dado un gran alivio, sí.

Miré alrededor. Era raro, sí. Muy raro. Se había hablado y escrito tanto sobre esto... Se habían hecho películas, reportajes espeluznantes... La realidad había sido muy diferente. Todo tan simple, tan fácil... No había violencia por ninguna parte. Ni señales de caos. Nada.

Sin embargo, todo había terminado. Hacía tiempo de eso. El silenció llevaba ya semanas, meses... Pronto serían años, siglos

Yo estaba solo. Yo era... *el último*. El único. El fin.

Cuando yo desapareciese, todo terminaría. Virtualmente, había terminado ya. Cuando uno sabe que está solo, es como si no hubiera nadie. Ni uno mismo, que sólo existe en función de sus propios actos. Y aun eso, porque era el único hombre fuera de la Tierra, en el momento del holocausto. El único astronauta fuera del planeta, sometido a una misión científica estricta.

No tenía sentido regresar. Era absurdo que hubiera vuelto. Pero la computadora fue programada para eso. Y lo cumplió con fría eficiencia. Miré atrás. El satélite meteorológico y de observación flotaba tranquilamente en el mar. Una esfera metálica, sobre un mar gris plomo. Encima, en el cielo, los nubarrones eran los de cualquier día otoñal, Quizá Moviese, incluso, ¿Qué más daba eso? A nadie .le importaría, Porque no había nadie a .quién pudiera preocuparle la lluvia, Ni siquiera a mí...,

Podía vislumbrar el litoral. Largo, arenoso, con salientes o promontorios pedregosos, pueblos pesqueros, boscaje, una ciudad sin duda importante, allá a mi derecha, corriente abajo.

Y parecía obvio que el mar me arrastraba en esa dirección. Yo me veía más y más cerca de su paseo marítimo, largo y salpicado de palmeras, con una barandilla asomada a la larga franja de arena de las playas.

Había hoteles, paradores turísticos, edificios modernos, e incluso las agujas góticas de alguna catedral que yo no localicé entre mi pobre bagaje de cultura europea, y en especial de conocimientos arquitectónicos o históricos.

Mi reloj señalaba una hora: las tres y diez minutos de la tarde. Y un día: Domingo, 19.

Los demás datos, los conocía yo de antemano: octubre de 1986. Los restantes, estaban en mi cronómetro: diecinueve de octubre. Domingo. Tres y diez minutos de la tarde...

Una hora y una fecha para la Historia. Para mi historia, que era ya la única existente. Para Mílton Zorbe, astronauta. Para el último. El Ultimo, Así, con mayúsculas. .Porque no había más. Nadie más. Ninguno más,

Hice memoria... Traté de pensar en aquel día en que supe...

Sacudí la cabeza. No, No valía la pena recordarlo.



Fue demasiado horrible al principio, ni yo mismo lo creí. Imaginé que había un error. Que la comunicación era errónea, que la computadora se equivocaba. Pero no. No se equivocaba. Una computadora nunca se equivoca.

Dejé de pensar. De recordar. Miré a mi alrededor. Más allá de la borda hinchada de mi lancha neumática color naranja. Me estremecí.

—Peces... —musité— Dios mío...

Peces, sí. Millares. Millones de peces. El hedor era insoportable. Flotaban por dondequiera que alcanzaba la vista. Peces, pobres peces muertos, putrefactos ya... El mar se había vuelto plateado un día. El día que todo empezó. Y que todo terminó...

La plata de las escamas de sus cuerpos, se tornó oscura. Luego, hedionda. La corrupción de lo muerto se extendió por el planeta. Por el hermoso planeta azul que, entre todos, habíamos despedazado cruel, estúpidamente.

Tapé mi nariz con un pañuelo. Aun así, el hedor me invadía. Era nauseabundo. Incluso la lancha flotaba dificultosamente, avanzando apenas en medio del banco de peces muertos y fétidos, oscuros y descompuestos. —Cielos... —gemí—. Igual sucederá con los hombres... Y no lloré.

No lloré, porque no he sido nunca un hombre pusilánime. Pero hubiera querido llorar como cuando era niño. Ahora valía ¡a pena derramar lágrimas. Llanto por un mundo muerto. Por una Humanidad que ya no existía...

Por los amigos y conocidos. Por los seres queridos. Pocos, pero queridos: mi padre, viejo y enfermo. Mi hermano. Mis primos. Mi sobrino. Mi novia...

Mi novia. Karin.

Karin, allá en Estados Unidos. En Müwau.kee. Esperándome. Esperando algo que no llegó nunca. Ahora ya no me esperaba

nadie. Mi padre, ni hermano, ni primos ni sobrino, ni novia. Ni amigos. Ni camaradas, ni superiores. Nadie.

—Karin... —gemí. Y_ sentí dolor. El profundo dolor de imaginarla, joven y hermosa, muriendo como todos los demás, dejando de ser del modo más ciego, cruel y vergonzoso que el hombre pudo soñar para su orgullosa y soberbia civilización superior.

Cerré los ojos. No vi nada. Sólo el rostro de los seres queridos, en rápida película mental. Sólo eso. Y del hedor a peces muertos. Al mar sin vida, a los océanos extinguidos, a las profundidades, exterminadas como la superficie de mares y de tierras...

—Perdón, Señor —musité fervoroso, entre dientes—. Perdón, en nombre de todos...

No supe si El me escuchaba. Pensé si valía la pena de ser escuchado. Si merecía ser escuchado. Sí alguno merecíamos algo, después de aquello...

Empezó a soplar una fuerte brisa. Se hizo viento húmedo, algo frío. Mí avance hacia la costa se hizo más y más rápido. No me preocupé ya de mirar siquiera atrás, al satélite meteorológico y científico, que se mecía a la deriva. Podía irse al mismo infierno. Ya no había nadie para recoger, los datos, para aprovecharse de las experiencias técnicas de aquel vuelo orbital. Nadie, excepto yo mismo. Y a mí me tenía sin cuidado todo eso. Y cuanto se refiriese a lo que quedaba atrás. A la historia de los hombres, al género humano convertido en hedor y descomposición, como los mismos peces que alfombraban trágicamente el Mediterráneo. Y todos los demás mares del mundo...

Poco después, la canoa alcanzaba la costa. Eludí un saliente rocoso, unos arrecifes en los que el mar rompía con festones de espuma ruidosa. Vi hileras de embarcaciones pesqueras, varadas en la arena. Un pueblo formando herradura en torno, a una playa, un embarcadero, una lonja de pescado...

Los edificios eran blancos, las calles empinadas, pedregosas. La arena, muy dorada y fina. Una pequeña iglesia del villorrio mostraba

un reloj en su torre encalada. Estaba parado en las siete y veinte. Las siete y veinte de sólo Dios sabía qué día, qué semana, qué mes...

La canoa naranja quedó varada también en la ancha faja arenosa. Salté, pisando suelo firme. Crujió la arena bajo mis botas de liviano equipo de astronauta. Me moví,, decidido, hacia el lugar donde se alineaban ¡as embarcaciones pesqueras. El aire olía a salitre. Y a la putrefacción de los peces. Posiblemente también a la de los hombres, pero eso aún no lo sabía, No había descubierto un solo cadáver humano.

Sin embargo, algo me decía que pronto empezaría a encontrarlos...

# CAPITULO II .

Y los encontré.

Fue un hallazgo poco agradable. No podía ser de otro modo. Eran muchos meses los que me separaban del cataclismo total. Demasiados, quizá. El corrompido hedor que subía hasta el cielo, no procedía, como en *Hamlet*, de algo podrido en Dinamarca, sino de algo que se había descompuesto en todo el mundo: la materia, la propia especie humana, cuando menos en su envoltura física.

El primer cadáver estaba junto a una de las barcas de pesca varadas en la arena. Era solamente un esqueleto sobre la arena de la playa. Un esqueleto, y jirones de tela, residuos de ropa, agitándose entre las costillas y extremidades, a impulsos del húmedo aire frío de la tarde nubosa.

Vacías cuencas me miraron desde el fondo oscuro de unos ojos sin pupilas ni globo ocular, Una mueca, una sonrisa eterna, sin labios, me mostró dientes que parecían exhibirse en una macabra risa de mi propio horror, desde aquella calavera blancuzca, horripilante.



Froté el mentón. Contemplé el esqueleto tendido en la playa. Miré a todas partes. Ni buitres, ni aves de rapiña. Nadie. Silencio solamente. Solos los dos: aquel esqueleto y yo. Me pregunté, con un escalofrío, cuánto tardaría en ser yo otro de ellos, uno más en la superficie yerta del mundo.

Era un problema de tiempo, simplemente. Sólo eso: tiempo...

Alcé los ojos. Examiné las casas blancas. Había un merendero, una cantina una tienda de útiles de pesca..., Vislumbré otro esqueleto, tendido en una mecedora, como, una figura de aquelarre, tomando el fresco a la puerta de su tienda llena de polvo, donde ya no entraría cliente alguno jamás.

Caminé, como sonámbulo. No podía sorprenderme. De hecho, no estaba sorprendido. Había presentido todo esto. Lo había esperado. Sabía lo que iba a encontrar. Aun así, era horrible. Hay cosas a las que uno difícilmente se adapta. Esta era una de ellas. Lo malo es que era la última. No había más. No más allá. Era el límite. El límite de todo y de todos. Y yo... yo era el último. Detrás de mí nadie. Nada. Sólo el vacío. El silencio.

Otra vez *Hamlet*, pensé... [1].

Dejé atrás el esqueleto en la playa. Me aventuré hacia el pueblo blanco, pescador, dormido y quieto. Dormido por un sueño de siglos, de eternidades.

Cualquiera hubiera pensado, al verme, que era yo un apacible turista, un indolente forastero visitando un bonito lugar en la costa, con la idea de descansar lejos de las grandes ciudades, lejos del ruido y del bullicio, de la contaminación y del tráfico.

Sentí ganas de reír. Ruido, bullicio, contaminación, tráfico...

Todo eso ya no era nada. No existía. No había en ninguna parte ni coches, ni peatones, ni conductores, ni humos fabriles, ni estruendo molesto. Nada. Solamente vacío, mutismo, un planeta dormido en lo eterno.

Mis deseos de reír, se convirtieron en ira, en desesperación. Era inconcebible que ya nunca, NUNCA, viera a nadie ante mí. Que no oyese una voz sino la mía. Que no pudiese admirar las bonitas piernas de una chica, el sonido de una bella canción, la estridencia de un grito, la molestia de un motor en marcha, el irritante vértigo de una multitud, de un vehículo de servicio público repleto de gente, de un salón de espectáculos con las localidades agotadas, de una calle demasiado densa de tráfico...

Todo lo molesto, lo irritante, lo que durante años enteros nos había enfurecido y disgustado... ¡hubiera sido tan hermoso, tan increíblemente maravilloso ahora!

Me detuve. Había un pequeño estanco y puesto de periódicos en la herradura que formaban las blancas casas frente a la playa. Vi publicaciones descoloridas por el sol. La exuberancia de una conocida «estrella» del cine, me desafió desde una portada doblada por el aire, cubierta de fino polvo arenoso. En otro, un multimillonario famoso anunciaba con orgullo que iba a ser la primera fortuna del mundo en la próxima década... i

Más allá, un magazine deportivo hablaba de un .encuentro de fútbol, de un inmediato combate por el título mundial de los grandes pesos, en el Madison Square Garden en Nueva York... Un combate que jamás se disputó. Un título que quedó vacante. Como el cuadrilátero del Madison, como Nueva York, como el mundo... j

Luego, vi aquel periódico. Alguien lo había arrojado j sin duda con horror, con pánico. Porque no había más ejemplares. Era el único. Estaba arrugado, arrinconado entre el mostrador del estanco y una silla. La arena casi lo cubría totalmente. Aun así, lo tomé, contemplando fijo, obsesivamente, con un trémulo escalofrío de horror sin fin, aquél titular espeluznante, que un día debieron leer todos los ciudadanos de la Tierra... pocas horas antes de que dejaran de leer, de oír, de sentir, de vivir...

El periódico era una edición especial de última hora del *Corriere della Sera*. Una ancha, negra orla, rodeaba la primera plana. Nunca una señal de luto fue tan ostensible ni tan justificada. .

Leí aquel titular muchas veces. Como si acabaran de imprimirlo:

«¡No hay esperanza! El mundo se acaba. Preparémonos a bien morir.

La nueva arma letal hundida en el mar por los navíos chinos y norteamericanos que portaban la carga mortífera, está emitiendo radiaciones desde las cajas de metal hermético, infortunadamente agrietadas en las profundidades,

¡Washington y Pekín anuncian que en menos de cuarenta y ocho horas, toda vida orgánica habrá dejado de existir en el mundo! La ciencia insiste No hay remedio. A todos, hermanos de la Humanidad... adiós. Y que el Señor nos perdone a todos.»

No había texto. Sólo titulares. No hacía falta más. Fue el réquiem por la Humanidad. Había despachos urgentes de agencia informativa. Todos coincidían. Todos igualmente negativos, alarmistas, demoledores. Era el fin. Y no había remedio.

No. No hubo remedio.

El fin había pasado ya. Leí la fecha, bajo el nombre del periódico: once de enero de 1986...

Solamente diez meses antes... ¡Diez meses, Señor! Y no quedaba nada. Nada......

Una cabina telefónica cubierta de polvo me resultó como una sangrienta burla, allá ante mí, en una esquina de la calle principal del villorrio. Dentro, el objeto más inútil que podía existir actualmente: el teléfono. Para comunicar. Comunicar ¿con quién?

Abrí la puerta de la cabina. Entré. Miré el aparato. Lo descolgué. Escuché.

Ya ni siquiera zumbaba. Nada. Silencioso. El tiempo y el desuso lo dejó desconectado, averiado para siempre. No importaba. Nadie llamaría por él. Nadie escucharía por él ya.

Seguí adelante. Subí la calle principal. Tiendas, *souvenirs*, hoteles, fondas, bares, restaurantes... Polvo, muebles vacíos, vidrios sucios, soledad, silencio... Incluso un Banco, con las puertas abiertas. El viento entró en él alguna vez. Había verdes billetes de muchas liras y de muchos dólares o francos suizos, acá y allá, bajo, la capa de polvo. Me incliné. Tomé un billete de cien do lares. Reí, rompiéndolo en pedazos. Los tiré al aire. La húmeda brisa del mar se llevó los verdes fragmentos muy lejos. Los contemplé, con amargo sarcasmo.

Horrible. Todo era horrible. Y grotesco. Insensato. Ridículo, absurdo...

Encontré nuevos esqueletos. Tendidos o sentados, en puertas o en aceras. Incluso uno en la calzada, bajo las ruedas de un coche inmóvil y oxidado, cubierto de arenilla. Tenía rotas sus piernas el pobre diablo. Víctima del atropello. Al volante, otro esqueleto, con las, manos sobre el volante mismo, como víctima de sí mismo. La fuga, el éxodo desesperado a alguna parte... Miré el indicador.de gasolina. Vacío. Eso le detuvo allí para siempre. Y le alcanzó la radiación mortal. Imaginé la escena en toda su pavorosa dimensión. Sentí que se me erizaban los cabellos.

Quizá era preferible esto: asistir como testigo. Después de ocurrido todo. Cuando ya nada quedaba allí, salvo residuos de lo que fue vida humana. Luego, mi destino estaba claro: ser uno más de ellos. Morir. Convertirme en un esqueleto más. ¿A qué otra cosa podía aspirar? Además, ¿valía la pena ser otra cosa?

Me detuve ante una estación de gasolina. Muchos coches se alineaban ante el surtidor como en eterna espera. Unos, ocupados por esqueletos. Otros, vacíos. La evasión se detuvo allí. Nadie les sirvió gasolina. Acaso se mataron unos a otros por ir más de prisa. El pánico había convertido siempre a los humanos en lo más parecido a bestias feroces.

Examiné la gasolina. Había combustible en el depósito. Me acerqué, intrigado, a un automóvil. Estaba inservible. Y otro. Y otro... Finalmente, hallé uno en condiciones. Medité. Valía la pena salir del villorrio, cuando menos. Ver el resto del mundo. Siquiera hasta donde llegase con un vehículo. Y con mi propia vida...

Sabía, que no iba a encontrar nada ni a nadie. Pero quería ver el horror en toda su dimensión, el apocalipsis en su real magnitud.

Tomé la manguera del surtidor. La alargué hasta el tapón del depósito de aquel coche. Llené el depósito. Luego, revisé el aceite, el líquido de frenos, el motor, los neumáticos. El automóvil quedó a punto. No era uno de aquellos modelos eléctricos o a turbinas de principios de la década de los ochenta. Pero serviría.

Subí a él. Manipulé su volante. El coche funcionó, tras varias pruebas inútiles. Y arranqué.

Tuvo algo de alucinante, de increíble, el ronquido del motor, el rodar de un vehículo en aquel mundo muerto, entre silencio y quietud. Alcancé una carretera desierta, vacía en toda su interminable extensión. Pasé junto a automóviles Quietos para siempre, junto a esqueletos inertes. Incluso dos motoristas de la policía, convertidos en puros huesos.

Recordé algo. El arma, la nueva y maldita arma, hallada no sé si por mi país o por los chinos primero, y copiado luego por el otro país, tras el espionaje que les facilitó la fórmula diabólica, era una especie de arma corrosiva por radiaciones. Eso justificaba la existencia de esqueletos, simplemente. Diez meses podían descomponer horriblemente un cuerpo, pero no dejarlo en todos los casos reducido a simples huesos. La radiación, durante los meses que duró, fue devorando sus tejidos hasta esa situación...

El automóvil me condujo ruta adelante, a través de la costa meridional. En una soledad y silencio espeluznantes. Sin más tráfico, sin más gente. Sin aves, sin vegetación, salvo carbonizadas extensiones que antes fueron verdes, donde la clorofila había sido devorada por el espantoso ingenio, bélico que ni siquiera en el fondo del mar pudo permanecer aislado...

Un indicador me señaló la cercana ciudad. Su nombre me evocó el Renacimiento, pero también las joyas arquitectónicas del gótico. Recordé la visión desde el satélite meteorológico y desde la canoa neumática, en el mar. Las torres de la catedral gótica, entre los edificios del lugar de veraneo, con casino y clubs náuticos...

Seguí adelante por la cinta de asfalto sin tránsito. Adelante hacía una ciudad muerta. Por un mundo muerto, donde quizá yo era, a fin cíe cuentas, el último en morir. Y solamente eso.

Solamente eso...

* * *

Abrí un par de latas en el supermercado. Fui al vacío mostrador y tomé una botella de cerveza. La abrí también. La contaminación actual en la atmósfera terrestre, según los aparatos de mi cápsula

espacial, era nula. Las radiaciones nocivas se habían evaporado en aquellos meses de silenciosa soledad terrena.

De cualquier modo, la muerte no me preocupaba gran cosa. Estaba habituándome a su terrible y silente vecindad.

Comí de las latas, bebí cerveza natural. Las cámaras frigoríficas no funcionaban. No había fluido eléctrico. No había nada que pudiese producir el hombre. Porque no había hombre.

Todo continuaba igual. La ciudad era amplia. Ciento cincuenta y tantos mil habitantes tuvo una vez. Ahora, supongo que tenía otros tantos esqueletos dispersos por doquier. Cosa rara: poca gente en las calles, igual que en la población pesquera. La gente, como los anímales, había ido a esperar la muerte en su rincón: el hogar. Cada casa me mostró cuerpos de toda edad y sexo, tendidos en los lechos o sentados apaciblemente en sus salitas. Esperando terminar. Tal y como terminaron...

Cuando salí del supermercado repleto de víveres, pero vacío de clientela y de servicio, la tarde se mostraba ya levemente oscura. Me estremecí. Iba a caer la noche en breve. Era el atardecer.

—Dios mío —pensé—. Y entonces, ¿qué?

Contemplé la ciudad desierta. Otra nueva experiencia la noche. La noche en el silencio. En la soledad. Sin luz. Sin ruidos, sin nada. Me asaltó un terror instintivo a iodo ello, sin saber por qué.

No había nada que temer. Ni a nadie. Ni ladrones, ni delincuentes, ni enemigos al acecho. Estaba solo. Solo como jamás estuvo nadie en lugar alguno del mundo.

Y, sin embargo...

Sin embargo, regresé al interior del supermercado. Tomé unas cintas magnetofónicas ya grabadas, en *casette*. Y unos viedocasettes, para televisión. También recogí un receptor de TV y *casettes* de video y sonido incorporados. Recogí un bloque de batería eléctrica, que me padeció en buen estado, dentro de una bolsa hermética de plástico. Cargado con todo ello, me encaminé a la salida. Pasé junto a las cajas de cobro, que nadie atendía, y donde nadie cobraba. Tuve un rasgo de agrio humor, de humor

negro: saqué una moneda de mi bolsillo de vuelo astral. La tiré en la caja, como pago de cuanto me llevaba sin que nadie me dijese nada.

Ya tenía, cuando menos, compañía para la noche. También tomé, en una tienda de aparatos eléctricos, una potente luz con batería. Con todo ello en una bolsa deportiva de otro establecimiento, seguí adelante hacia alguna parte. No sabía hacia dónde. Pero habría un sitio donde alojarse, donde descansar, donde esperar otro día, en una noche que presentía interminable y extrañamente hosca, amenazadora y siniestra...: pese a no haber nadie sino yo en la ciudad.

Nadie... a menos que los espectros de millones de seres muertos por la estupidez y la soberbia humanos, quisieran levantarse contra mí, como único símbolo de lo que había quedado atrás. De lo que destruyó a su especie.

Pero yo nunca había creído en fantasmas. Y ahora, menos que nunca. A pesar de que estuviera solo, con todos los fantasmas habidos y por haber, poblando silenciosa e intangiblemente el mundo.

Miré un edificio moderno y sobrio. En él un gran luminoso, ahora sin luz: Hotel Riviera.

Lo elegí. Sin saber por qué, me decidí por él. No tenía hogar propio. En las casas particulares siempre había alguien, un esqueleto, un ser sin vida. Creí injusto allanar su morada, profanar su reposo eterno en una tumba sin lápidas ni cruces. El mundo entero era un inmenso cementerio. Cada casa, cada habitación, cada calle, podía ser un panteón, y de hecho lo era.

Era mejor el hotel. Vacío, impersonal, sin aire de hogar. Yo era un forastero en aquel sitio Un extranjero en tierra de nadie. Pero un extranjero, Quizá mi sitio adecuado fuera ese el hotel.

Entré. Una conserjería polvorienta, las llaves colgadas en los casilleros... Elegí al azar. ¿Qué más daba una que otra? No fui nunca supersticioso. Por eso elegí la llave número trece.

Subí por la escalera, amplia y rica en ventanales que daban al exterior. Por ellos entraba la luz del atardecer. Pronto, todo aquello estaría en sombras. Yo no sabía cómo accionar los sistemas de iluminación de la ciudad. El fin del mundo llegó de día, al menos en el Mediterráneo, en Europa. Nadie .pensó en dar la luz. ¿Para qué? Cuando llegó la noche del once de octubre de 1986, ya nadie alentaba en el planeta. Nadie...

Alcancé la habitación número 13. Entré. Confortable. Cómoda. Cerré. Sin llave, claro. ¿Para qué iba a utilizarla? No vendría nadie más. Estaría solamente yo. Yo...

Era curioso. La habitación estuvo ocupada, quizá antes del caos. Antes del día final de todos los hombres...

No les había dado tiempo, a quitar algunas cosas. Vi una botella de whisky en un rincón. Estaba a medio consumir. Vi también periódicos. Una edición de última hora, fechada el día 10 de octubre de 1986...

Leí diversas noticias. Fechadas en Nueva York, en Moscú, en Londres, en París, en Madrid, en Roma...

Se hablaba ya del .inminente caos. Del horror que emergía de los mares, contaminados fatalmente por las emanaciones de unos envases erróneamente aplicados a una nueva arma letal que chinos y americanos quisieron destruir, sin lograrlo, apenas descubrieron su terrorífica virulencia. Había paces muertos a millones, barcos en alta mar, con cargas enteras de cadáveres... Las ciudades ribereñas empezaban a morir. Las gentes huían estérilmente al interior, donde terminarían por ser alcanzados por las emanaciones de muerte... Y era general, total. Ni un solo país estaba a salvo. Las noticias eran desoladoras. Se registraban ya actos de pillaje, de apetitos desenfrenados, de furia, de exasperación, de odio. Matanzas, orgías, asaltos, asesinatos, destrozos...

En iglesias y catedrales, algunos seres de firme voluntad se reunían para orar, para esperar la muerte en el rezo .y en la esperanza hacia el Señor. En calles, carreteras y campos, hordas

humanas desatadas escapaban en éxodo feroz, a algo de lo que no podía ya nadie escapar.

Pero al menos, ellos rezaron mientras otros mataban o daban libertad a sus peores instintos. Personalmente, tuvieron mi simpatía instintiva. Pobrecillos... Dios no pudo librarles de lo que nosotros mismos habíamos desencadenado torpemente. Pero cuando menos, no hay duda de que su muerte, fue mucho más llevadera, más digna, más confortante.

Di la luz de baterías. No era mucha, pero proyectaba un cerco de luz azulada, que diluía las tinieblas. Cerré él balcón. Afuera, en la ciudad silenciosa, hacía un fresco húmedo y poco agradable. Quizá la sensación de vacío aumentase, su impresión fría, gélida, inquietante.

Luego, conecté el televisor a otra batería. Examiné las *videocasetes*. Un film de Chaplin viejo, rancio y entrañable. Unos documentales en color, un drama en dos partes, un par de films de dibujos... Y un programa de televisión de 1982. Lo ajusté todo. Conecté e! televisor. Empecé a ver el programa en mi soledad absoluta. Encendí cigarrillos, bebí whisky, sentado confortablemente ante la pantalla de televisión. Cambié la batería en una ocasión para el receptor, y en otra para la luz.

Cuando terminó una de las *casetes* del video, respiré hondo. Me estremecí. Era terrible, pero... había llegado a pensar que todo era como antes. Que podía pulsar un llamador y acudiría alguien a atenderme, a subirme ¡a cena... Que escucharía en la calle el motor de un coche, un claxon, unas voces, un receptor de radio o televisión vecino...

—Dios mío... —estrujé el cigarrillo medio consumido en e! cenicero, resoplé y apuré el caso de whisky. Cerré el televisor—. Estoy solo...

Me incorporé. Fui al lecho. Lo contemplé, con un bostezo. Ni siquiera sentía apetito. Frío. Solamente frío...

Abrí las ropas del lecho. Deseaba acostarme. Dormir. Y, tal vez, no despertar siquiera...

Me senté en la cama. Su suave crujido tuvo algo entrañable, familiar, hogareño. Pero debía olvidar esas pequeñas y gratas sensaciones. Ahora no había nada familiar, hogareño ni entrañable. Solamente vacío. Y yo...

Apagué la luz. Nunca vi tinieblas más profundas que cuando tomé las sábanas para dormir, cubriéndome con ellas. Mi traje espacial reposaba en una percha.

Me dispuse a descansar, olvidándolo todo, si ello era posible. Cerré los ojos.

Entonces se abrió la puerta del cuarto número trece.

Y una voz susurró en la oscuridad:

—Hola, hombre... Buenas noches, quienquiera que seas...

# CAPITULO III

CREO que nunca: sentí más erizados mis cabellos que en ese momento,

La voz flotó en mi cabeza, como si hubiera penetrado por mis oídos y mi cerebro se resistiera a aceptar su sonido, su significado:

—«Hola, hombre... Buenas noches, quienquiera que seas...»

Salté del lecho violentamente, con una imprecación de estupor. Corrí hacía la lámpara apagada. Bastaría presionar el resorte para que la luz de baterías se encendiera.

—No —dijo la voz susurrante—. No enciendas, por favor...

Me quedé quieto, trémulo. Mi mano cerca de la lámpara. Indeciso, incrédulo. Sacudí la cabeza en la oscuridad.

—Imposible —gemí—. ¡No hay *nadie* aquí... excepto yo...!

—Y yo —dijo la voz en el mismo susurro frío, apacible, sin emociones—. Estoy aquí, ¿no? Aquí... contigo.

—Dios mío, sí... —me pasé una mano por el rostro. Estaba bañado en sudor helado. Me moví torpemente en la oscuridad, tratando de ver algo. Ni siquiera distinguía la puerta abierta de mi habitación. Y menos a quien estuviera allí, dialogando conmigo.

—No te asustes. No voy a hacerte daño —siguió la voz.

—No estoy asustado —rechacé—. Sólo asombrado... ¿Quién eres?

—¿Quién eres tú? En este lugar, antes, no había nadie.

—Es lo mismo que yo pensé. He llegado hoy. Del espacio.

—El espacio... ¿Quieres decir de... de arriba? ¿Del cielo? —Sí, eso es.

—¿Aviador?

—Astronauta.

—Astronauta... Cielos,... Entonces...

—Entonces, ¿qué?

—No, nada. Nada. Eso explica muchas cosas...

—Quiero verte. Saber quién eres, qué haces aquí, cómo has sobrevivido...

—¡No, no des luz, por Dios!

—¿Por qué? ¿No quieres que te vea?

—No. Aún no. Espera un poco.

—¿Por qué esperar? ¿Estamos solos... tú y yo?

—Sí. Solos.

—Por tu voz... pareces muy joven. Un mozalbete acaso...

—Soy muy joven, sí. Pero no soy un mozalbete. Mi voz es algo grave, fuerte. Soy... *soy una mujer*, ¿comprendes?

* * *

—Una mujer...

Repetí la palabra con asombro. Más aún. Con incredulidad.

Era imposible. No podía existir ninguna mujer. Ningún hombre. Nadie. Yo era... el último. El último de todos: hombres, mujeres, niños, ancianos... De todos.

—No, cielos —musité, en el oscuro silencio—. Eso no puede ser...

—Pero *es*, ¿no? —la voz me sonó incluso sarcástica—. Yo estoy aquí. No soy un sueño, ni una alucinación. Existo. Estoy aquí. Te estoy hablando...

—A veces oí hablar de... de apariciones. De espíritus. De seres de ultratumba a los que uno oía. Tú... tú... puedes ser sólo eso: una voz del Más Allá... No sé aún si, en verdad, existe.

—¿Qué necesitas para saberlo?

—Sobre todo, verte.

—Y... tocarme.

—Sí. Cuando menos, rozarte. Saber que eres sólida, tangible.

—Acércate. Me podrás tocar.

—¿En la oscuridad?

—En la oscuridad, sí. Por el momento...

No dije nada. Avancé hacia donde sonaba la voz. Tengo cierto sentido de la orientación. Podía intuir dónde estaba exactamente. O casi exactamente. Paso a paso. Avancé hacia un determinado lugar. Hacia ella, la mujer misteriosa, fantástica, surgida de un mundo muerto. Muestro triste, mísero, desdichado mundo muerto...

—Aquí. Aquí —musitó.

Rectifiqué un poco. Muy poco. Dos pasos a un lado. La rocé.

Diablos, sí. Existía. Al menos, físicamente. Había alguien allí. Una figura humana. Estiré, temblorosa, la mano. Y la toqué.

Vaya si la toqué... Mis dedos rozaron un cuerpo. Un brazo. Un seno. Un hombro... Y luego cabello... Cabello largo, sedoso, suave... Intenté ir más lejos. Rocé una mejilla tersa, suave. Un rostro, una breve nariz, unos labios .entreabiertos...

—Dios mío... —susurré—.Una mujer...Un ser humano....¡Era cierto!

—Te lo dije. Soy una mujer. ¿Por qué dudaste?

—Tengo que dudar. Sólo he visto muerte, silencio...

—Tú vives. Existes. Yo también. ¿No es eso lo que cuenta?

—No sé... —sacudí la cabeza. Resoplé en la oscuridad—. No lo entiendo. Hay algo que no logro comprender en todo esto... Debo reflexionar... ¿Quién eres tú?

—¿Importa eso mucho?

—Claro que importa. Tendrás un nombre...

—Un nombre... Sí. Todos tenemos un nombre.

—Espera. No sé de dónde vienes. Sólo sé que no hay nadie más... ¿De dónde viniste, cómo salvaste tu vida en el caos final?

—Es largo de explicarlo. Te lo contaré. Aquí, en esta habitación. Charlando ambos. Como dos amigos. Como dos seres unidos en el infortunio...

—Supiste que yo estaba aquí. Me viste entrar, sin duda.

—Te vi entrar, sí.

—¿Cómo me localizaste?

—Era fácil... Faltaba una llave la número trece. Subí aquí.....

—¿Por qué no quieres luz?

—Ya lo sabrás. ¿No puedes hablar conmigo en la oscuridad?

—Sí, por supuesto... Pero eso no tiene sentido...

Todo tiene, sentido. Hablemos así te lo ruego.

—Está bien. Me llamo Milton. Milton Zorbe. Aún no sé cómo te debo llamar...

—Ruth. Ruth es mi nombre.

—Bien, Ruth. Pareces joven. Y hermosa, a juzgar por el tacto. ¿Eres hermosa?

—¿Qué importa eso ahora? Importa vivir. Sobrevivir, Milton.

—Sobrevivir... —sacudí la cabeza—. No lo creí posible...

—Se puede sobrevivir. Ya lo ves. No estás solo, como imaginabas...

—No, no estoy .solo. Peso... ¿por qué? ¿Cómo pudiste...?

—Te dije que lo sabrías en su momento. Ahora, hablemos. Me voy a sentar aquí, en esta butaca...

—Bien, hazlo. Pero... ¿cómo sabes...? Está oscuro por completo. ¿Ves en la oscuridad?

—Simplemente, conozco este hotel —rió ella suavemente—. Fácil, ¿no?

—Ruth, quiero preguntarte algo. Algo importante...

—¿Qué?

—Estamos tú y yo aquí. Dos seres vivos. Ya no estoy solo. Pero..., pero, ¿hay... hay *más*? ¿Existen... *otros*?

—Sí, Milton. Existen otros.

—Entonces... ¡entonces hay supervivientes!

—Los hay, sí.

—Dios sea loado, aún hay esperanzas... ¡Aún podemos rehacer todo lo destruido, empezar.de nuevo!

—Empezar de nuevo... ¿Para qué, Milton? ¿Para terminar otra vez así?

—No, no. No habrá una segunda vez, Ruth...

—Siempre hay una segunda vez...

—Ruth, hemos de intentarlo. Unirnos todos, luchar juntos.

—¿Vale realmente la pena intentar algo? —dudó ella, escéptica.

—Cualquier cosa es mejor que morir, que rendirse...

—Milton, supongo... supongo que estabas lejos de aquí cuando sucedió todo...

—Muy lejos. Me informaron por radio. No podía creerlo. Luego, grabaron un mensaje póstumo. La computadora de a bordo lo captó y me lo repitió! Para entonces, ya iodo había terminado aquí. El regreso a la Tierra fue muy amargo esta vez...

—¿Estabas solo en el espacio?

—Solo. Era un simple satélite de * observación meteorológica. No había más vehículos tripulados en torno al planeta. El mío solamente...

—Comprendo. Por eso has sobrevivido...

—Sí. ¿Y tú? ¿Y los demás? ¿Qué sucedió, exactamente?

—Encontramos un refugio... Esperamos allí a que pasaran las radiaciones...

—¿Refugio? Las noticias eran de que ningún refugio, por hermético que fuese, se libraba de la contaminación.

—Las noticias son confusas y contradictorias a veces. Lo cierto es que nos libramos,. ¿no? De otro modo, yo no estaría aquí ahora.

—Eso es cierto —miré hacia la sombra, tratando de ver algo. Pese a estar habituado a la oscuridad, ésta era tan densa que ni siquiera podía captar la silueta de ella o el bulto que formaría en las tinieblas—. ¿Por qué no vernos cara a cara, Ruth? La luz...

—No, no... Es mejor así No intentes cambiar las cosas.

—Está bien —no añadí más. Pero mi mano, en la oscuridad, se deslizó cautelosa, cerca de! botón de la lámpara a baterías. Me orienté lo mejor posible. Poco más tarde, la yema de mi dedo, rozaba el botón... Continué, sin revelar emoción alguna en mi tono —: De cualquier modo que sea, Ruth... es hermoso sentirse

acompañado, saber que... que no estoy solo... Ahora me gustaría... que tus restantes compañeros viniesen. Sentirlos cerca...

—Estamos cerca —susurró otra voz, ahora más lejos, sin duda en la puerta de la habitación número trece.

Me estremecí, sin saber por qué. Capté roce de ropas. Había gente allí. Gente...

Me decidí. Era mejor vernos todos. Cara a cara, sin tapujos. Sin oscuridades.

Oprimí el botón de la luz. La lámpara brilló de repente.

La mujer emitió un grito prolongado. Los de la puerta chillaron también.

Les miré a todos.

Me quedé asombrado. Contemplé sus rostros, su cabello, sus ropas. No entendí nada. Pero sentí un miedo agudo, instintivo. Un miedo inexplicable...

El miedo a lo desconocido.

A lo .que podía haber tras aquellas máscaras extrañas, suaves y rígidas a la vez, bajo los largos cabellos de unas pelucas artificiosas...

Y bajo aquellas estameñas o hábitos de monja, con caperuza bajá en ella, con caperuza ajustada sobre la cabeza en ellos, en los cuatro misteriosos seres que montaban guardia en el umbral...



—¡Milton, no! ¡Nunca debiste hacerlo! —gritó ella, con tono exaltado, furioso.

Se incorporó, violenta, derribando un mueble. Quiso arrojarse sobre la lámpara de la mesa. Yo fui más rápido que ella. Evité que hiciera tal cosa. Retiré la lámpara, y la sujeté ante ellos.

Como las fieras delante de una antorcha, retrocedieron vivamente. Vi brillar sus ojos asustados, tras las rendijas de la máscara plástica que yo había tocado antes, y que no era sino una faz inexpresiva, la de una cara artificiosa, fingida en materia moldeable. Detrás, no podía saber cuál era su rostro. Su cabello, era una hermosa melena color azulado de fibras artificiales.

Los compañeros de ella, en el umbral de mi habitación del hotel Riviera, ocultaron sus rostros, bajando las cabezas encapuchadas con celeridad, para eludir mi mirada. Vi sus manos sepultadas bajo las anchas mangas de las estameñas oscuras y sobrias.

Retrocedieron despavoridos. Les vi correr por el pasillo, huyendo de mí intenté evitar que Ruth hiciera lo mismo. Con sorprendente energía, con fuerza virulenta, me echó a un lado, también porque me veía sorprendido, dominado por los acontecimientos y el extraño cúmulo de circunstancias.

Con la luz en la mano, me moví hacia la puerta. Les oí correr, escaleras abajo, con estruendo. Grité:

—¡Esperad, esperad! ¡Somos amigos, somos hermanos! ¡Estamos unidos en la adversidad! ¡No os vayáis, no me dejéis solo...!

No me hicieron caso. Ningún caso. Les oí correr por el vestíbulo del hotel, sonó la puerta vidriera de entrada al establecimiento. Corrí al balcón. Lo abrí y salí al exterior, con la *luz* en mi mano. Me quedé aterrado.

Como el que ahuyenta murciélagos en una caverna, la calle desolada de la bella ciudad mediterránea que un día fue de veraneo y turismo, al iluminarse, fantasmal, con la luz azul de mi lámpara, reveló la presencia de oscuras formas de flotantes hábitos, saltando entre esqueletos y coches abandonados.

Con gritos agudos, con extrañas gesticulaciones, aquella especie de raros monjes, cuyo número, me asombró, emprendieron carrera en todas direcciones, alejándose de la claridad, eludiendo mirarme o mirar a la lámpara, tapando los rostros bajo las caperuzas oscuras que les enmascaraban.

Conté al menos un centenar de ellos, pululando por la ciudad muerta. Y les vi desaparecer en escasos segundos, por todas las bocacalles inmediatas, dejando tras de sí el rastro fugaz de un bailoteo de sombras lúgubres, siniestras, que pronto se extinguieron en pos de las figuras huidizas.

De nuevo la calle quedó desierta. Ni Ruth, ni los demás. Nadie. Solamente silencio, oscuridad, más allá del débil cerco de luz de mi lámpara.

Sentí miedo. Un miedo terrible e instintivo. Ni siquiera sabía a qué o a quién.

Aquellas gentes... Aquella legión de supervivientes fantásticos, que yo jamas imaginé. Y Ruth, la muchacha de la máscara de plástico con un bello rostro... ¿Qué había debajo?

Regresé, indeciso, al interior de la habitación. Cerré el balcón. Fui a la puerta. Y esta vez, la cerré con llave, sin saber por qué. Me senté en la butaca, perplejo, contemplando la luz. La única luz.

Prendí un cigarrillo. Me temblaba la mano. Era ridículo, pero estaba asustado.

—Supervivientes... —susurré—. Dios mío, pero, ¿qué clase de supervivientes? No tiene sentido. No pudo sobrevivir nadie...

Dirigí la mirada a la hatería descargada que yacía en la papelera. Lamenté no haber hecho acopio de varias más. Tener luz era importante, sin duda. No sabía por qué, pero era importante.

Me estremecí. La batería actual duraría escasamente una hora. Miré el reloj. Eran, solamente las doce y media de la noche. Faltaban, cuando menos, siete horas para que surgiera la luz del día.

Recordé el supermercado, repleto de baterías. Y la casa de electrodomésticos. Ruth no me había causado miedo. Sólo inquietud, desasosiego. Pero sus compañeros, los monjes fantásticos...

Tomé una decisión. Tenía como máximo una hora. Todo lo más, otra media si utilizaba el televisor, encendiendo su pantalla fluorescente. Luego, me quedaría sin baterías. En la oscuridad.

Empuñé decidido la lámpara. Caminé hacia la puerta. Abrí. Salí al corredor. Cerré y guardé la llave en el bolsillo. Avancé por el pasillo oscuro, hacia la escalera. En mi mano derecha, la lámpara, extendiendo su claridad azul en un cerco reducido. Más allá, en la

sombra, podía agazaparse cualquiera, yo no lo sabía. Pero la luz no me reveló la presencia de nadie.

Bajé la escalera. Peldaño a peldaño. Siempre mirando en torno mío. Cauto, precavido...

El vestíbulo del hotel estaba tan desierto como antes. Afuera, la brisa marina se había convertido en un suave viento húmedo que me azotó, estremeciéndome, al salir a la acera. Avancé calle arriba, hacia el supermercado.

El supermercado...

Tardé menos de un minuto en alcanzarlo. No me tropecé con nadie. Creí escuchar a mis espaldas, en dos ocasiones, rumor de ropas, roce de tela o de pisadas. Me volví y no vi a nadie. Me pregunté si habría soñado. Si Ruth y sus misteriosos amigos no serían una simple alucinación. A veces, la soledad podía provocar extrañas alteraciones psíquicas.

Llegué al supermercado. Entré. La luz azul me iba revelando interminables estanterías de productos alimenticios, de latas, de útiles caseros... Mercancía que nadie compraría ya. Ni nadie vendería.

Me quedé rígido ante el puesto de televisores, *casetes* y baterías de energía eléctrica.

No quedaba una sola batería en el compartimento a ellas reservada. Mi una. Y cuando yo salí, aquella tarde, al menos dejé allí dos docenas de ellas.

Un sudor frío me invadió. Luz... La luz se extinguiría, sin baterías para recargar la lámpara. Y «alguien» había ya previsto tal cosa.

—Cielos, ¿por qué? —musité—. ¿Por qué ese miedo a la luz?

Salí rápidamente del supermercado. Corrí a la tienda cercana de electrodomésticos. Allí era peor. Las lámparas estaban destrozadas. Ni una pila, ni una batería sana. Trituradas o robadas. No quedaba ninguna,

Miré mi luz horrorizado. Cuando se agotara la batería..., llegaría la oscuridad. Y con ella... ¿qué?

No tenía respuesta, pero la pregunta no me gustó. Y sus posibles réplicas,, tampoco.

Había que tomar una decisión. Y la tomé. Avancé una manzana más. Vislumbré una tienda de artículos deportivos y de caza. Mis ojos se clavaron en dos objetos precisos: un rifle.de mira telescópica y un revólver para tiro al blanco. Entré.

Rifle, revólver y cuatro cajas, de municiones. Metí todo eso en una bolsa. Me quedé mirando una pequeña lámpara de camping a gas. Se habían llevado todas las bombonas de recambio. Todas. Respiré hondo.

—Luz... —repetí entre dientes—. Es la luz. Quieren dejarme a oscuras. ¿Por qué, por qué, Dios mío?

Salí de la tienda. Regresé al hotel, llevando ambas manos ocupadas. Preocupado, contemplé la luz. Su claridad azul era más difusa. Sentí un frío sudor. *Se*, estaba agotando paulatinamente la batería...

Bajé un poco más la graduación de la luz. Era como ir con una lamparilla, pero duraría algo más.

Me detuve ante un automóvil parado. Me incliné. No estaba lejos del hotel. Ante él, otros dos coches parados. Y una tienda de artículos plásticos.

Sonreí duramente. Si alguien quería guerra, la tendría. Iba a haber ruido aquella noche. Y luz. Vaya si la habría,

Me acerqué al coche. Abrí su depósito de gasolina. Luego, encendí un fósforo. Lo tiré adentro. Y eché a correr como alma que lleva el diablo, portando todas mis cosas, de regreso al hotel.

A mis espaldas, el automóvil estalló de repente. Un caos de fuego, de luz deslumbrante, llenó la calle e iluminó violentamente las fachadas. En la calle desierta, crepitaron las pavesas, se vio el coche envuelto en llamas, y el incendio se corrió a los demás vehículos. Saltaron chispas a la tienda de plásticos. Corrió el fuego al interior, igual que si lo hiciese sobre un reguero de pólvora.

Cuando subí a mi habitación en el hotel, la claridad en la calle era tal, que su luz penetraba por los balcones y ventanas, dando

resplandores rojizos. La magnitud del incendió aumentaba. Quizá varias manzanas fuesen pronto pasto del fuego, en un voraz incendio generalizado. Pero eso ya no preocuparía a nadie. Sólo había muertos en el mundo.

Muertos... y aquellos extraños, fantásticos personajes de hábitos de monje y caperuza al rostro. Con una mujer llamada Ruth entre ellos. Gentes que no querían la luz. Y que pretendían hundirme también a mí en tinieblas, no sabía aún por qué.



Aun sin saberlo, no me gustaba. Había algo siniestro en ello.

Y yo había tomado mis precauciones para tener alguna luz, al menos hasta el nuevo día.

El nuevo día...

Quizá llegase a él sin problemas. Pero, después... ¿qué?

# CAPITULO IV

EL nuevo día.

No podía decirse que fuese muy alegre. Nublado, torvo, tristón... Estaban cayendo goterones gruesos.de lluvia. El aire otoñal del Mediterráneo, se había hecho fuerte, racheado y hasta frío. Un día desapacible, sombrío. Como todo lo que me rodeaba.

Bostecé, aterido de sueño y de frío. Apenas si había conciliado el sueño cuatro o cinco veces, despertando en seguida con sobresalto. Temiendo verme rodeado de aquellos misteriosos personajes que, como murciélagos, huyeran de la calle al aparecer yo con la luz en el balcón del hotel.

Ruth había parecido durante aquellos minutos de conversación en la sombra, una amiga. Una extraña amiga, eso sí. Pero sus camaradas... No me gustaban. No sabía por qué, no me gustaban. Y luego había confirmado ese sentimiento, al descubrir la ausencia de las baterías, tan necesarias para mantener la luz.

Mi luz hacía tiempo que se extinguió. Pero no así la del incendio. Una densa nube de humo flotaba sobre la ciudad. Varias manzanas aparecían destruidas, hechas negras ruinas. Aún ardían unos edificios al fondo de la calle. El hotel estaba amenazado. Quizá llegase a ser pasto de las llamas en menos de cuatro o cinco horas. Muchos coches, en la calzada, eran simples masas de re torcida chatarra, ennegrecida y deforme.

Tomé conmigo el rifle cargado. Llevaba proyectiles en mis bolsillos, el revólver en el cinturón. Así armado, me sentiría más tranquilo. Ahora sabía que, por alguna misteriosa razón, no estaba solo en el mundo. Aunque entre ellos y yo había una rara, notable diferencia que parecía falta de sentido: la luz. Yo deseaba luz, claridad, Ellos, oscuridad, tinieblas,

Salí a la calle. Me alejé. No pasaría otra noche en aquel hotel, ciertamente. Ni tampoco en la ciudad. Iría a otro lugar, a cualquiera. Huyendo de los demás. Buscando la soledad absoluta, por extraño y paradójico que ello resultara. No me gustaban en absoluto mis posibles camaradas de infortunio. No, no me habían gustado lo más mínimo.

Encontré otro automóvil en disposición de funcionar, aunque lejos del hotel. Lo utilicé. Crucé la ciudad desierta. Logré localizar una tienda donde había lámparas eléctricas de bolsillo, luces con baterías. .Y, sobre todo, baterías y pilas de recambio. No muchas, esa era la verdad. No reuní sino tres baterías y media docena de pilas. Me sentí satisfecho. Cuando menos, había luz para una noche más. Luego... Dios diría. Los alimentos y bebidas no eran problema. Botellas de cerveza, latería comestible... Puse cuanto consideré necesario en el automóvil. Partí hacía las afueras de la ciudad, por sus avenidas desiertas, bordeadas de árboles o de setos ennegrecidos, calcinados por el cataclismo mundial.

Pronto me vi en plena carretera. Ruta adelante, hacía el este. Bordeando la triste, tétrica, muerta Rivera actual. Frené un poco ante las cercas del cementerio, situado junto a la carretera.

Vi los cipreses oscurecidos, quemados por el corrosivo aire contaminado de los días terroríficos del fin del mundo. Vi lápidas, .ángeles, cruces, panteones... Me estremecí. Un cementerio... Todo el mundo lo era ya.

Me intrigó algo. Detuve el coche en la cuneta. No había peligro de donde lo hiciese. No podía cruzarme con ningún otro vehículo. Ya no había accidentes de circulación. El problema del tráfico se había resuelto. Para siempre...

Miré más atentamente a través de las rejas de la puerta de acceso al recinto de los muertos. Lo que me había parecido descubrir ya antes, se confirmaba ahora. Cosa extraña. Muy extraña.

Las tumbas estaban abiertas.

Todas. O casi todas. Lápidas separadas de la .fosa, ataúdes vacíos, arrinconados, forzados o astillados. Empujé la puerta, rifle en mano. Avancé, resuelto, hacia el interior del camposanto. Chirriaron los goznes lastimosamente. Como si la propia tapa de otro ataúd rechinase a mi paso.

Me detuve en medio del sendero, entre plantas silvestres agostadas. Observé, perplejo, el panorama.

Cruces derribadas, losas apartadas, tumbas vacías, féretros sin cadáver... Era como si un alud de ladrones de tumbas hubiese pasado por el cementerio, arrasándolo todo. Lo más raro es que... no había cadáveres.

Solamente osamentas sueltas, como en las calles urbanas del mundo. Esqueletos, calaveras, huesos aislados, dispersos...

Miré, pensativo, hacia la última de las fosas de aquella hilera. Avancé lenta, calmosamente, con el rifle preparado, aunque no parecía haber enemigo ni peligro alguno en el recinto de los difuntos.

Me incliné sobre un panteón ultrajado. Había cuatro féretros fuera, con las tapas arrancadas brutalmente. Tres de ellos, contenían otros tantos esqueletos, pero con las ropas nuevas. Miré la lápida. Estaban sepultados a finales de 1985. Víctimas de accidente aéreo. Eran toda una familia.

Volví a contemplar los cadáveres. Era extraño. Tres esqueletos, con las ropas nuevas, apenas dañadas por la sepultura. Pero el cuarto cadáver...

Mis ojos recorrieron su figura, envuelta en un sudario rasgado. Era raro. Muy raro.

Le faltaba medio cuerpo. La mitad inferior, hasta la cintura. Solamente conservaba allí sus huesos de pies, piernas, pelvis... La

mitad superior... estaba intacta. En estado de descomposición, pero íntegra. Con el rostro horriblemente desfigurado ya, despidiendo un hedor nauseabundo. Aun así, ni siquiera había moscas o gusanos. Nada de vida orgánica.

Era un muchacho joven, había sido rubio, acaso no mal parecido, enjuto y fuerte. Observé la rara forma en que concluían los tejidos de su cuerpo en la cintura... y un escalofrío de horror me sacudió.

En su piel descompuesta, se advertía algo... Así como la huella que podrían dejar unos dientes. Unos dientes que hubieran devorado el resto del cadáver.

—Dios mío, no... —gemí, retrocediendo angustiado—. No...

Pero yo sabía que sí. Que alguien había entrado en el cementerio, para devorar los cadáveres humanos, profanando sus tumbas.

. * * *

El viaje hacia otra ciudad de la Riviera, fue hosco, inquieto. Me sentía invadido por una nueva sensación de horror.

Imaginarse al mundo completamente muerto, era ya mala cosa. Imaginarlo habitado solamente por mí y por aquellos camaradas de la misteriosa Ruth, tampoco era agradable. Pero imaginarlo con devoradores de cadáveres andando por ahí, era espantoso, alucinante...

Y, sin embargo, esa era exactamente mi situación actual. En un mundo que ya no estaba tan vacío. Que contenía, conmigo, a unos enigmáticos, horripilantes seres que profanaban tumbas y comían carne humana muerta. Y también a unos monjes siniestros, enemigos de la luz.

—Demasiadas cosas extrañas. Demasiada gente rara, monstruosa... —gemí, conduciendo con la mano más firme que me era posible—. Dios mío, ¿qué está sucediendo en el pobre mundo que arrasó la soberbia y la estupidez humana?

Nade podía responderme a eso, y yo no tenía respuesta. Aunque la estaba buscando desesperadamente.

El sol iba subiendo hacia su cénit, tras el palio plomizo de nubes. Era una ley natural. Aun así, resultaba inquietante. Era el día que avanzaba. Era la noche que implacablemente, volvía a aproximarse. Había llegado a sentir miedo de la noche. Miedo de la oscuridad que Ruth y su gente querían como único ámbito. Quizá era un sentimiento ridículo, sin consistencia. Acaso por culpa de la luz había renunciado a un puñado de amigos, pero, ¿por qué huían todos, por qué deambulaban en torno mío, por qué nada sabía exactamente de ellos, y todo era nebuloso sobre su existencia en un mundo donde la vida humana estaba prácticamente extinguida?

Pasé surtidores de gasolina, moteles, estaciones de servicio, paradores de carretera. Todo desierto, todo vacío. Sin nadie fuera o dentro. Si acaso, algún esqueleto humano blanqueando a la luz diurna, perdido en algún rincón, o tétricamente asomado tras alguna vidriera.

Una ciudad asomó ante mí. Leí su nombre en el indicador. Y la distancia: una milla.

Cualquier ciudad era válida. Aquella serviría para esperar otra nueva noche. Era menos importante que la anterior. Mucho menos. A la entrada, descubrí un edificio rodeado de torres metálicas, cables, aislantes... Leí su nombre en una verja:

CENTRAL ELÉCTRICA MEDITERRÁNEA

Tuve una idea. Mis conocimientos sobre electricidad se reducían a los que cualquier astronauta tiene sobre los circuitos eléctricos de su nave y sobre cosas así.

Pero eso y mi dominio de algunos aspectos de la Cibernética, podía ser suficiente. Muchas centrales eléctricas de mi época, funcionaban por programadores electrónicos. Bastaría reactivar algún circuito paralizado, para intentar conseguir fluido eléctrico.

Detuve el coche ante la verja. Empujé las puertas entreabiertas de éste. Empleados con uniforme azul, aún en buen estado, eran simples esqueletos acá y allá, tendidos o sentados. Pasé ante ellos sin mirarles apenas. Empezaba a resultarme familiar un cuerpo descarnado, un rostro blancuzco, con cuencas vacías y rictus

petrificado de su boca sin labios, sólo dientes a la vista, sobre aquella calavera espantosa.

Entré en las instalaciones. Su complejidad mermó mucho mi entusiasmo. Veía difícil manipular en todo aquello, pero tenía que hacerlo, me gustase o no. .No soltaba mi rifle por nada del mundo. Instintivamente, algo me avisaba de que quienes hubiesen sobrevivido conmigo, no eran amigos, sino potenciales enemigos. Quizá todo eso formaba un poco parte de los prejuicios de nuestra propia civilización y conceptos políticos, pero...

Hallé el camino hacia la cabina de controles de la, central eléctrica. La alcancé. Y allí me encontré con lo que buscaba: la computadora central.

Estudié sus peculiares características. Entraba suficiente luz por un amplio panel de vidrio asomado a los grandes patios del recinto. Más allá, la campiña era un yermo, las carreteras, una red gris de silencio, la ciudad, un amasijo limpio en el litoral, sin vida ni movimiento.

Programé la computadora para encender todos los sistemas de alumbrado, rótulos luminosos urbanos e incluso fluido doméstico en los domicilios. Luego, encajé los circuitos y las grabaciones, esperando que todo funcionara.

Apreté un botón, y esperé, pidiendo a Dios que me ayudara.

Y Dios me ayudó.

Hubo un zumbido en la computadora, giraron los tambores de grabaciones de programación, poniendo en funcionamiento el complejo juego de circuitos. Estos transmitieron la orden recibida, y el cerebro electrónico la hizo realidad un momento después.,

Maravillado, descubrí que allá afuera, en la ciudad, guirnaldas de luz, luminosos y rectángulos, brillaban de repente en el mediodía nublado, como si fuera ya plena noche. Había luz. Prematura, sin duda. Pero luz. Sólo faltaba que durase. No hubiese podido soportar otra vez la noche oscura en torno mío. Y ni siquiera sabía por qué. Repentinamente, sufría un terror casi infantil hacia las tinieblas,

Continué mi viaje. La población cercana, frente a un litoral donde ahora el oleaje rompía ruidosamente, con vientos de tramontana, era mi meta. Sus luces, eran mi esperanza. No sabía de qué, pero mi esperanza. Cuando menos, de una noche tranquila, serena, incluso amable.

* * *

Sonaban las máquinas electrónicas de música. Y los aparatos de televisión a *casetes*, y los tocadiscos, y todo cuanto había en la calle principal, ancha, iluminada, ruidosa, pero vacía.

Me sentía feliz. Tomé otro trago de whisky, en aquel bar a mi disposición, para mí solo. Alrededor mío, mesas y sillas, luces, vidrieras polvorientas. En el mostrador, un luminoso de una famosa bebida, un parpadeo fluorescente. Afuera, en la calle, farolas, rótulos luminosos, casas encendidas...

Un alegre cementerio radiante de luz. Y lleno de silencio de muerte.

La voz de un famoso cantante de moda me llegaba desde la pantalla de TV-Video. Las *casetes* daban la impresión de que aún existía el mundo, de que algún estudio de televisión transmitía aquel alegre programa musical para la noche. Todo era mentira. Todo estaba grabado. Pero uno se hacía la ilusión. Y eso bastaba, cuando menos, para sobrevivir.

Ante mí, las tres botellas de cerveza, el cenicero repleta de cigarrillos obtenidos de la máquina automática, la comida de latas calentadas en la cocina del bar...

Una buena cena. Incluso con buen café. Y con whisky. Bostecé. Sentía sueño. La luz, la música, el bullicio del mundo vacío que yo me esforzaba en animar a mi antojo, me daban una somnolencia repentina, pero pausada. Tendría que dormir.

¡Dormir!

La idea me envaró. Me dio pánico. Dormir... Cielos, ¿y si al despertar... todo era diferente? Allí dentro todo era amable, cálido, luminoso. Incluso la calefacción eléctrica funcionaba, y el clima era grato, acogedor. Para mí solo, claro. Para el único cliente. El único

en el mundo... exceptuando los monjes amigos de Ruth. Y los devoradores de cadáveres en el cementerio de aquella población. Posiblemente casos aislados. Alimañas voraces, de una especie desconocida. Se había especulado muchas veces sobre cosas así: nuevas formas de vida, criaturas monstruosas, por reactivación celular, por alteraciones genéticas provocadas por un cataclismo universal. Este era el caso, sin duda. Tenía, que serlo. Era la única explicación. Los submutantes de Matheson, por ejemplo...

Pero esto no era literatura. Ni ciencia ficción. Era la realidad, cruda y directa. La última realidad de los últimos días del planeta.

Volví a bostezar. Aquel maldito sueño... Sacudí la cabeza. Quería vencerlo. Pero no era nada fácil. No, no era sencillo vencer el cansancio, el sopor, la relajación paulatina de los nervios, en aquella atmósfera casi familiar en que me hallaba inmerso, gracias .al funcionamiento de la central eléctrica vecina.

Y, sin darme cuenta, me venció ese sueño. Me dormí.

No supe cuánto tiempo permanecí dormido. Pero al despertar, todo estaba frío. Y oscuro. Y silencioso.

Me erguí de un brinco, con un ronco gemido de incertidumbre, de temor. Cayó el rifle de mis piernas.

Súbitamente, entonces, algo o alguien cayó sobre mí. Sentí un contacto helado, un extraño hedor próximo. Y unos, dientes feroces se clavaron en mi cuello, con brutal dentellada.

# CAPITULO V

GRITÉ.

Grité de dolor. De angustia, de pánico también. Reaccioné violentamente. Agité mis brazos. Físicamente siempre he sido muy fuerte. Mi enemigo no lo era tanto. Sentí que se separaba de mí, aunque el cuello me dolía espantosamente, y algo cálido corría por mi cuello.

Otros dientes hicieron presa súbita en mí, en la oscuridad siniestra y alucinante que me envolvía. Esta vez, en un brazo, junto al codo. La dentadura afilada atravesó ropas, piel, y se clavó en mi carne, haciendo brotar de nuevo la sangre, con dolorosa sensación.

También a ese enemigo le lancé lejos, de un empellón brutal, y le oí caer, derribando .sillas, una mesa tal vez, botellas, vasos...

Luego, me erguí, tiré también muebles, y llegué a tiempo de sentir el jadeo ronco, casi animal, cerca de mí, cuando un tercer adversario misterioso, oculto en ¡as tinieblas, intentó asaltarme, caer sobre mi torso. Disparé una pierna, con un brutal rodillazo y un posterior puntapié casi salvaje.

El contrario, con un alarido, saltó atrás, rebotó en una columna del local, se vino al suelo con estrépito. Me sentí liberado unos instantes, no más de un segundo o dos.

Rápido, busqué en mi bolsillo. Saqué una pequeña lámpara eléctrica que guardaba, en previsión de cualquier problema como aquél. Pulsé el interruptor. Un haz de blanca luz radiante hirió las

tinieblas, revelando las formas del bar, los muebles, el mostrador, sus vidrieras a la calle...

La sangre se heló en mis venas. Lo que reveló la luz era demasiado espantoso para poderlo creer. Pero no había más remedio que aceptarlo. Estaba allí, ante mí. Y era la realidad.

La cruda, alucinante realidad.

* * *

Rostros. Muchos rostros pegados a la vidriera. Contemplándome. Como insectos pegados a un vidrio luminoso.

Pero todos esos rostros, bajo la estameña parda, casi negra, de sus hábitos de extraños monjes de pesadilla, poseían una máscara, algo que les velaba, que cubría sus facciones auténticas. Caras de goma, de cartón, de algún material, fingiendo una grotesca cara humana, a veces cómica, a veces dantesca y terrorífica. Todo ello, bajo las oscuras caperuzas echadas encima de su cabeza.

Y alrededor mío, dentro del bar, hasta casi una docena de enemigos, da oscuros enemigos solapados, ágiles, moviéndose como murciélagos, flotantes sus ropas de monjes alucinantes, igual que negras alas gigantescas.

¡Los amigos de Ruth!

Otra vez los monjes estremecedores de la otra ciudad. Y me mordían. Me habían hecho sangre, habían penetrado en mi carne con sus dientes, con sus colmillos voraces. Les miré, barrí sus caras y ropajes con la luz de la linterna.

Aullaron. Recularon como fieras, chillando de forma espantosa. Se taparon los ojos, el falso rostro, en el que vi asomar los dientes ensangrentados. Los mismos dientes que hicieran presa en raí, pretendiendo no sabía qué. Acaso succionar .mi sangre, como auténticos vampiros o... o devorarme.

¡Devorarme!

Inmediatamente, la visión aterradora se mostró ante mí. Vi mentalmente las imágenes estremecedoras del cementerio en la carretera. Los ataúdes, las fosas vacías, el joven difunto a medio devorar...

Muertos devorados... O vivos. ¿Qué más les daba a ellos? Sólo que... que no había vivos. Solamente yo. Yo, el último. Y ellos, claro. Pero..., ¿qué clase de entes eran ellos? ¿Qué espantosas criaturas devoradoras de humanos había engendrado el caos letal de la Tierra?

No había dualidad. Eran los mismos: monjes y devoradores. Los fugitivos de la luz, los hijos de la noche y la oscuridad... comían carne humana. Viva o muerta.

Eran ellos. Ellos... y ellas.

No podía olvidarla. Ruth, con su máscara. Con su caperuza. Ruth... Una de ellos. ¿Qué buscaba, dialogando conmigo en la sombra, protegida por sus camaradas? Mi carne, mi ser. Un festín. Un manjar raro y difícil para ellos: ¡el último hombre con vida sobre el mundo!

Y allí estaban ahora. Ellos, u oíros igual que ellos. Les vi huir, escapar despavoridos, cubriendo sus rostros, hacia la calle. La calle que ahora no tenía luz. Tampoco el bar, ni los edificios cercanos. Ni tan siquiera los luminosos. Otra vez en la oscuridad, en la noche.

Ellos se las habían Ingeniado sin duda para provocar el apagón. Algún corte, derribo de postes, interferencia en las líneas eléctricas. Debían de ser astutos. Y estaban desesperados. Todo aquí era ahora tremendamente desesperado, Una lucha contra el fin, una pugna furibunda, despiadada, por sobrevivir.

Salí a la calle con la lámpara. Barrí la acera, la calzada,... Huyeron en todas direcciones, simples bultos huidizos, como oscuras ratas en la cloaca. Me dieron asco, horror, miedo. Ni siquiera había visto sus rostros. No sabía cómo eran ellos, las criaturas supervivientes de mi propio mundo, diez meses después de la hecatombe.

—¡Vamos, huid! —aullé, frenético, con voz potente—, ¡Escapad, alimañas! ¡Malditas ratas hambrientas, gentuza asquerosa! ¡Yo os venceré! ¡Os daré luz! ¡Tanta luz que no podréis soportarla, puesto que os ahuyenta y asusta! ¡No sé qué clase de malditos buitres sois, pero sé que coméis carroña, vulgares cadáveres humanos de

cementerios expoliados y ultrajados! ¡Comed muertos, pero dejadme vivir a mí! ¡Soy como vosotros, exijo vivir, pido luchar, no ser atacado! ¡Si me combatís, os combatiré! ¡Estoy solo, pero puedo venceros! ¡Y os venceré a todos maldita raza de glotones diabólicos...!

Me detuve, jadeante. Bajé la luz al suelo, a mis pies. Me incliné. Una máscara había caído del rostro de al i gimo de ellos. Una máscara de plástico, liviana y tersa. La examiné, sorprendido. Me resultaba familiar. Un rostro de mujer, falso y angelical.

—Es mía, Milton —dijo una voz a mis espaldas— Dámela, te lo ruego. No podría verte cara a cara. No quiero que me veas. Jamás.

—¡Ruth! —susurré.

—Sí —dijo la voz—. Soy Ruth. ¿Me das mi máscara?

* * *

No hubiera podido hacer otra cosa. Ni siquiera me volví. Giré un poco el cuerpo, el brazo...

—Así, te lo ruego —susurró la voz de ella—. No, no me mires. No lo soportaría.

Una ancha manga de tejido burdo, pardo oscuro, asomó. Una mano que apenas si vi como una mancha pálida, tomó la máscara. Oí roce de tela a mi espalda. Murmuré tenso:

—¿Quién me dice que no aprovechan tus amigos y tu misma para saltar sobre mí, en tanto no os enfoco con la luz?

—No, no. Te prometo que nadie te amenaza. Estoy sola. Todos se han ido. Huyen ante la luz, bien lo sabes.

—Sí, claro que lo sé. Pero tú eres uno de ellos, Puedes obrar como ellos obran.

—Claro que puedo hacerlo. Deberás fiar sólo de mi palabra.

—¿Por qué de tu palabra? Ni siquiera sé qué clase de seres sois, Ruth.

—Seres humanos. Como tú. Como los demás.

—Los demás... ¿Queda alguno acaso?

—No. Ninguno. Sólo tú.

—¿Y vosotros? ¿En qué os diferenciáis?

—En lo que te diferenciarías tú si hubieras estado entonces aquí, Milton.

—Yo no podría comer... cadáveres.

—Tú harías como todos, si fueses uno de ellos. No nos reproches nada. No lo hicimos nosotros. Lo hicieron los tuyos. Y otros como tú. No sé de qué raza, país ni idea. No importa mucho. Todos tuvieron la culpa. Nosotros, no. No pedimos eso. Exigíamos paz, amistad, olvidó de armas destructivas, de ingenios bacteriológicos... Nadie nos hizo caso entonces. Nadie nos escuchó. Eran todos ciegos, sordos, necios, cobardes...

Aquel diálogo, de espaldas el uno al otro, parecía cosa de locos. No tenía sentido. Pensé en volverme. Dudé. Ella hablaba cerca de mí. En la sombra. Sentía el roce de sus ropas. Su voz sonaba dolida. No parecía agresiva. No intentaba atacarme. No todavía, por lo menos.

No me volví. En vez de eso, apagué la linterna. Pero sin soltar el resorte.

—Si oigo o percibo a alguno de tus amigos, encenderé de nuevo —avisé, sibilante.

—Gracias, Milton —dijo Ruth—. Eres muy amable.

—No debería serlo. Mi cuello y mi brazo sangran. Me duelen.

—Perdónalos. Tienen hambre.

—¡Hambre! — me estremecí, con los cabellos erizados en mi nuca—. Ruth, es atroz lo que dices. Hambre... saciándola en seres humanos.

—No lo inventamos nosotros. Es cosa de antes. Siempre hubo antropófagos. Y en otro sentido, los hombres se devoraron unos a otros durante siglos al final, incluso fueron capaces de devorar a la Humanidad.

—Eso no cambia las cosas. Sé todo el mal que hicieron, que hicimos. Pero devorar cadáveres... ¡Hay comida en los establecimientos, Ruth! Latas, víveres envasados...

—Ya no sirve. No tenemos la culpa. No pedimos eso. Nos lo dieron graciosamente tus compatriotas. Y otros de un país y raza

diferente. Fue culpa de todos los demás, no de nosotros.

—Vosotros... Pero, ¿quiénes sois vosotros?

Hubo un silencio. Un profundo silencio en la oscuridad. En la calle no.se oía a nadie. En torno mío, todo era silencio, salvo la respiración leve de Ruth, el crujido de su tosco hábito.

—Es largo de contar, Milton —dijo al fin—, ¿De veras quieres conocer la respuesta?

—Sí —afirmé—. Quiero conocerla.

—Sería demasiado terrible, créeme.

—Nada puede haber ya más terrible de cuanto he visto y vivido.

—Siempre hay algo peor,

—Ruth, no sé por qué confío en ti. Pienso que eres diferente a... a los tuyos. Eso es todo. Pero no abuses de mi buena fe. Estoy en guardia. Incluso... incluso tengo un arma. Sería capaz de apretar el gatillo. Y matar.

—Matar... —oí su risa, amarga y dura—, ¡Matar! Milton, eso tiene tan poco sentido ya... Mataron a tantos, que uno, dos, cien más, no cuentan.

—Cien... —repetí—.¿Tantos sois?

—Que yo sepa, somos miles.

—¡Miles! ¿Aquí, en esta zona?

—Supongo .que en todas partes. En esta zona, en otras, en este país, en Europa toda. En América, en Asia, en Oceanía... Hemos sobrevivido nosotros. ¿Por qué no otros como nosotros, Milton? .

—Ruth... Ruth, ¿en qué os diferenciáis del resto .de los humanos?. ¿Qué os sucede? ¿Por qué ese terror a la luz, por qué devorar como fieras a vuestros semejantes, vivos o muertos?

—Milton, la respuesta está en nosotros mismos. En mí y en los demás. Tendrías que conocernos.

—¿Conoceros? Sólo he visto vuestros hábitos, vuestro falso rostro dé cartón o de plástico, de goma o de tela. Caretas y estameñas. Eso es todo. ¿Qué hay debajo?

—Lo que sobrevivió al mundo, Milton. ¿Nos temes acaso?

—Me preocupáis. Me asustáis, sí.

—No pareces un cobarde.

—No lo soy. Sólo siento miedo. Y lo domino. Como todo ser humano.

—¿Te arriesgarías a... a vivir entre nosotros?

Me estremecí. Era una oferta tentadora: conocer la verdad... Pero, ¿a cambio de qué? ¿De la vida? ¿De morir devorado?

—Ruth, me estás pidiendo algo que no puedo aceptar. Sé cuál sería mi suerte.

—No, Milton. Te prometo que no. Por una vez, no. Puedo hacerlo. Me respetan. Me tienen una adoración especial. Harán lo que les pida. Por una vez, podrás convivir con nosotros un tiempo limitado. Esta noche, Antes del amanecer. Luego, vete. Y toma tu decisión.

—¿Qué decisión?

—Lo sabrás entonces. Si te, arriesgas. Si aceptas seguirme.

—Seguirte... ¿adónde? —me volví hacia ella en la oscuridad. Sin dar la luz.

—Adonde tengas la respuesta que buscas, Milton —murmuró ella.

No dije nada. No sabía qué decir. El riesgo era tremendo. ¿O no lo era, en realidad? ¿Cuánto podría resistir así, en la oscuridad? ¿Me sería posible seguir consiguiendo luz para mantenerlos a raya?

—¿Me das tu palabra de que seré respetado? —pregunté.

—Te doy mi palabra. Esta vez, serás respetado.

—Es una locura creer en ti, en vosotros —mascullé, vacilante.

—Sí —asintió .ella—. Es una locura. Te entiendo puedes volverte atrás.

—No —dije al fin—. Creeré en ti. Vamos, Ruth.

—¿De veras? ¿Totalmente decidido?

—Totalmente —afirmé—. Tú me dirás cómo te sigo en la oscuridad.

—Es fácil —dijo ella—. Ven. Toma mi mano.

Estiré mis dedos en la sombra. Tropecé con los de ella, suaves y tersos. Los apreté. Ella empezó a andar por la oscura calle en

silencio. Fui tras sus pasos. Como un ciego con su lazarillo.

—Tira esa lámpara que llevas —dijo—. No vas a necesitarla...

—Pero yo...

—Confías en mí, ¿no? —insistió Ruth—. ¿Entonces...?

Se había detenido. Supe que si me negaba, terminaría allí todo. Ella se iría. Volvería a quedarme solo. Y mi curiosidad era demasiado grande. .Quería saber, saber todo... aunque muriese luego...

—Sí —dije—. Confío en ti.

Y tiré la linterna al suelo. Seguía tras ella,, aferrado a su mano.

Camino de alguna parte, en la oscuridad.

Camino de una respuesta. Y quizá de la muerte.

# Libro Segundo

## L O S I M P RO S

# CAPITULO PRIMERO

—YA hemos llegado Milton.

Me detuve. Ella se había parado también. Miré en derredor.

Allí la oscuridad no era total. Había un resplandor cárdeno en torno. Lo provocaba una especie de fogata o llama, emergiendo de un suelo oscuro, rocoso

Alrededor nuestro, había rocas negras, muros oscuros e inconcretos. Un raro cántico me llegó de alguna parte, con ecos graves, sonoros. Como el orfeón religioso de una catedral gótica.

Escuché, Era un canto que no identifiqué. Parecía gregoriano, pero no lo era. Su entonación lúgubre, su musicalidad profunda y extraña, resultaban estremecedoras.

—Ellos cantan —dijo Ruth.

—¿Ellos?

—Mis iguales —dijo ella—. Mis hermanos.

—Sí, entiendo —asentí—. Los monjes...

—¿Monjes? —hubo una leve ironía en su tono— No, no lo son. Lo parecemos, solamente.

—Dijiste antes que tenías cierta ascendencia sobre ellos. ¿Eres su reina acaso?

—No hay ya reyes ni gobernantes. Nadie desea que existan. Los gobiernos nos llevaron a esto. No, nadie es superior a los demás. Sólo existe un respeto. Es el que me profesan ellos.

—¿Por qué motivo? El respeto es autoridad siempre.

—Sólo la autoridad de mi sexo. Soy la única mujer superviviente.

Me dejó de una pieza.

La única mujer... Ruth era la única representante del sexo femenino en el mundo. Las demás personas de hábitos de monje... eran hombres.

—¿Por qué? —susurré.

—No sé. Nadie lo sabe. No tiene sentido. Un puro azar. La mujer era la primera en perecer, bajo las radiaciones. Afectaban a su metabolismo, a sus funciones. Pero, yo sobreviví. Un caso único. Una vez padecí una dolencia, no hace mucho. Me medicaba intensamente. Quizá eso influyó en mi resistencia a la radiación. Era una vacunación especial, un nuevo fármaco muy fuerte. Dicen que pudo ser la causa, pero no lo sabemos. ¿Entiendes ahora, Milton? Soy la única mujer con vida en este mundo. Al menos, de cuantos nos conocemos.

—Ruth, ¿por qué la oscuridad, por qué fingir que el mundo está totalmente muerto, por qué este anonimato, por qué utilizar los adelantos técnicos para iniciar una nueva existencia?

—¿Los adelantos técnicos? —dijo ella, sarcástica—. ¿La Física, la Química, la Cibernética? ¿Todo lo que el hombre llegó a crear para autodestruirse? ¿Es eso lo que quieres? ¿Deseas que la historia se repita una vez más?

—Ruth, se cometió un error. Será la lección para no volver a...

—Sería inútil. Él hombre siempre repite sus errores. Siempre...

No dije nada. Sus razonamientos eran fríos, demoledores. Y lo malo es que quizá tuviera razón. Miré la luminiscencia cárdena, que dibujaba su perfil monástico, su caperuza, su máscara de plástico, con el bonito rostro de una mujer impersonal, como cualquier máscara de carnaval.

—¿Por qué esa luz, Ruth? ¿No os daña?

—No —vi brillar sus ojos tras la máscara—. No nos daña. Es una luz especial. Tiene una luminosidad que no nos afecta. Hay otras en la cripta.

—¿La... cripta?

—Sí. El subterráneo donde oramos. Donde cantan ahora los demás. ¿Quieres visitarlo?

—Si crees que saldré vivo de ella... —dudé, acariciando la culata de mi revólver.

—Por esta vez, sí. Te lo dije, Milton. Ellos obedecerán.

73

—Ruth, te conocí en la otra ciudad. Ahora te veo en ésta. Y tu refugio está aquí,

—Hay un refugio en la vecindad de cada antiguo núcleo urbano. Hemos huido de las ciudades. Nos ocultamos aquí. Y aquí esperamos a la noche.

—Sin ver la luz del día...

—Sin ver la luz del día, sí.

—Cielos, me pregunto por qué...

—La respuesta está dentro, Milton. Abajo. En la cripta. ¿Te decides a entrar?

—Sí —musité—. Me decido a entrar. Para eso he llegado hasta aquí. No retrocederé, puedes creerme,

—Te creo. Eres decidido. Eres valiente. Y tienes fe. Siempre quieres tener fe en algo o en alguien, ¿no es cierto?

—Desgraciadamente, es cierto. Sólo, me queda una fe: en el Señor.

—El Señor... —Ruth sacudió su cabeza, velada ahora por la caperuza. Asomaba de ella su cabellera azul, de hebras, plásticas —. Desgraciadamente, ellos no creen ya ni en el Creador. Perdieron su fe al perder el mundo en que vivían. Han levantado un nuevo ídolo.

—¿Un ídolo?.—pestañeé, asombrado—. ¿ídolos... ahora?

—Así es el mundo. Así es la gente. Derrumbaron tantas cosas al derrumbar nuestra civilización... Yo quisiera creer. Pero no puedo. Tampoco creo en ese ídolo. Deseo pensar como *tú*, Milton. Creer que Dios aún se ocupa de nosotros, a pesar de merecerlo tan poco. Pensar que este no es el Apocalipsis que la Biblia profetizó, que el

caos no fue voluntad ni designio del Señor, Pero, ¿quién les convencería a ellos, Milton?

—Tal vez yo, Ruth,

—No. Nunca lo lograrías.

—Ruth, ¡hay que crear, tener fe aún en algo! —grité, exasperado.

Ella no dijo nada. Se encogió de hombros. Echó a andar hacia la fogata cárdena de extraño fuego difuso. Pasó junto a ella como una sombra de flotantes ropas anchas. Yo la seguí.

Cuando movió un peñasco grande y negro, .que cedió con pasmosa facilidad sobre un invisible eje chirriante, una luminiscencia cárdena, difusa, llegó a mis ojos. Ella entró, majestuosa. Fui en pos suyo, resuelto.

Bajamos una larga escalinata. La piedra, por inercia, o por algún juego mecánico, volvió a su posición. Estaba encerrado con Ruth, en la cripta dé los extraños monjes.

Había sido demencial ir hasta allá. Morir era lo de menos, en estas circunstancias. Lo peor era sentirse devorado por aquellos terroríficos caníbales encapuchados.

Los cánticos llegaron nítidos a nosotros. Eran muchas voces. Muchas. Tantas, que al enfrentarme a la amplia nave rocosa, de altísimas bóvedas húmedas, como una catedral natural, improvisada en el subsuelo, centenares de cabezas encapuchadas se mostraron ante *mí*, encaradas a un altar simple, de roca viva, donde alguien oficiaba, la cabeza baja, el rostro oculto por la ancha caperuza puntiaguda.



Al oír los pasos secos de Ruth y de mí, giraron la cabeza. El monje del altar alzó su rostro, aunque sólo vi sombras bajo la caperuza. Unos ojos de fuego me examinaron. Hubo un murmullo, luego un ronco clamor. Alguien gritó:

—¡Nuestra profeta Ruth trae alimento! ¡Un ser viviente para nutrirse los enfermos y hambrientos de primer grado!

Siguió un torvo rugido. Miradas voraces se fijaron en mí. Sentí un escalofrío. Ruth alzó su brazo, solemne. Elevó el tono de su grave voz profunda, dominando a todos:

—¡Esperad todos! ¡El hombre normal que me acompaña es Milton Zorbe, y es amigo y como amigo viene! ¡Tiene mi palabra, y mi promesa en nombre de toda la comunidad! ¡Hermanos, os traigo un visitante que, por una sola vez, nos pondrá en contacto con lo que ya está extinguido! Y terminada la entrevista, él volverá al exterior, sano y salvo. Le di mi palabra. Fie en vosotros. Eso es sagrado. Luego, cuando él regrese afuera... la caza podrá continuar. Y la pieza podrá ser cobrada.

Me estremecí. Miré a Ruth de soslayo, pretendiendo adivinar su gesto, su expresión, sus sentimientos, tras aquella máscara de plástico. La luminiscencia fantasmal, que apenas si hería la vista, daba un brillo peculiar a sus ojos. Los monjes o lo que fuesen, parecían espectros en un aquelarre. O monjes del medioevo, en una lóbrega catedral románica.

La caza... La pieza...

Era horripilante. Hablaban de mí. Eso revelaba la verdad en su justa dimensión. Yo era la pieza para ellos. Me seguirían cazando durante el resto de mi vida, que no podría ser muy larga, en tales condiciones. Eso, suponiendo que ahora no faltasen a la palabra de Ruth... y allí mismo me devorasen.

No sucedió así, por fortuna.

—Muy bien, profeta Ruth —dijo el hombre del altar, bajando de nuevo la cabeza—. El rector Salomón acepta tu palabra como buena, y admite la responsabilidad de nuestra comunidad en el hecho. Bienvenido sea, por una vez, el visitante. Pero recuerde que, traspasado de nuevo el umbral de este recinto, será perseguido hasta que se convierta en alimento de privilegio para nuestros hermanos.

Su mirada estaba fija en mí. No supe si respetuosa o vorazmente, pero me hizo estremecer. El murmullo impaciente en los centenares de hermanos reunidos disminuyó, Pero cada mirada

fija en mí, era como la del pescador en el pececillo que acaba de picar el anzuelo, cuando una parrilla arde cerca, y su estómago lleva horas y horas sin recibir bocado.

Avancé resuelto. Me enfrenté a ellos. Dominé mis temores ocultos. Quizá no había cosa peor en estos momentos que revelar debilidad alguna. Debía de ser fuerte. Costase lo que costase.

Y fui fuerte.

—Hermanos todos —dije con voz enfática—. No sé quiénes sois exactamente, pero sólo podéis ser hijos de este desdichado planeta, como lo soy yo mismo. Sois humanos, aunque no sé qué maldita mutación os ha convertido en antropófagos de cementerio. Mitad licántropos, mitad vampiros. No os culpo. No puedo hacerlo. No sé lo que os ocurrió. Por entonces, yo, y solamente yo, estaba fuera de la Tierra, en una misión científica de mi país. Sé lo que mi país hizo, que fue el mismo error de otro país antagónico en una nueva «guerra fría». Todos fueron igualmente estúpidos y ciegos. Lo hemos pagado nosotros. Vosotros, yo... y los que ya no están aquí. Los muertos. Los peces. Los animales. Las aves. Las plantas. Todo. No os culpo de nada, pues. Sólo de una cosa: de que persigáis al único hombre con vida en el planeta, que vive de modo diferente a vosotros. Mi posible manjar, os durará unos minutos. Luego, todo habrá pasado. Seré un esqueleto más. ¿Habrá valido la pena eso... en vez de intentar algo juntos, en vez de unirnos todos para rehacer la vida en el mundo?

—Rehacer..., ¿qué vida, extranjero? —preguntó el llamado rector Salomón.

—La nuestra. La que tuvimos.

—¡La que tuvimos! —rechazó uno con voz fuerte, desde la masa de monjes—, ¿Valdría la pena? ¿Para morir otra vez por los efectos de un cataclismo absurdo y torpe?

—Hermano Moisés, es mejor que dejes hablar al extranjero —cortó el llamado Salomón, con voz potente—. Yo me ocuparé luego de responderle debidamente.

—¡El lo ignora todo sobre este mundo al que acaba de regresar cómodamente! —chilló otro, agitando sus amplias mangas.

—Hermano Malaquías, es mejor que él siga hablando —aseguró, paciente, Salomón,

Me quedé mirando al que hablaba,

—Salomón, Moisés, Malaquías... y Ruth —dije lentamente—. ¿Qué significa esto?

—Tú acabas de comprenderlo. Es el regreso, extranjero. El regreso a lo milenario. Al principio de todo. Al Antiguo Testamento.

—Os entiendo —les miré con una ojeada amplia—, El miedo y la angustia, el rencor y la desesperanza, os hacen refugiaros en un mundo remoto: el bíblico, antes de Cristo. Es una forma de repliegue, de regreso al principio, Huís del progreso, del presente, ¿no es eso?

, —El progreso terminó un día de enero de 1936 —me replicó el rector Salomón—. Y el presente no existe ya. Es sólo vacío y silencio. Unos cuantos sobrevivimos. Y más valiera haber muerto. No pedimos seguir con vida, Pero aquí estamos. Tenemos una idea. Hemos vuelto a eso. Y nadie puede culparnos por ello.

Miré al altar. Lo había identificado antes. Era el Vellocino, Pero ni siquiera era de oro, como en el texto bíblico. Tampoco creían ya en el oro, en las riquezas, en los lujos y en los placeres. La efigie del Vellocino, en una extraña, fría y abstracta escultura, estaba modelada en una fea piedra negra, con, dos fragmentos metálicos por ojos. .

—Entiendo —musité—. Perdisteis la fe.

—Por completo. Si hemos de vivir como animales, así viviremos. Este Vellocino está hecho de un fragmento rocoso extraído del lugar donde el navío americano fue hundido, en el Mediterráneo, con su arma letal a bordo. Los fragmentos de metal, son de la caja que se resquebrajó, dejando escapar las radiaciones de muerte. Igual ocurrió en el Pacífico con el buque chino. Y el mundo entero se contamino en dos días.

—No podéis adorar ídolos. Dios no admite imágenes idólatras.

—No sabríamos volver a Dios. Ni siquiera creemos ser ya criaturas suyas. No somos nada, extranjero.

—¡Mentís! —rugí, furioso—. ¡Dios os permitió seguir con vida! ¡Sois criaturas privilegiadas sólo por eso!

—¿Tú crees? —dudó Salomón.

Bajó su caperuza de repente. Se arrancó la máscara.

Retrocedí dos pasos. Miré a la mesa de hermanos encapuchados. Todos hicieron la misma rápida maniobra. Abajo sus caperuzas, fuera sus caretas.

—No, no —gemí horrorizado, lívido sin duda—. ¡Oh, no!

Me volví repentinamente angustiado. Miré a Ruth, situada tras de mí. Extendí mis manos trémulas.

—Tú... tú no... —musité.

Ella afirmó, despacio.

—Sí, Milton —dijo—. Yo también. ¿Entiendes ahora?

Se arrancó la máscara de plástico con sencillez. Cayó su caperuza, arrastrando la peluca azul, artificiosa. . Y la vi tal como era. Tal como realmente era.

Jamás sentí tanto horror. Jamás volvería a sentirlo.

# CAPITULO II

—¿LO entiendes ahora, Milton? —repitió ella triste, dlorosamente.

No respondí. No hubiera podido hacerlo. Los sonidos no salían de mi garganta. Contemplaba aquel rostro, aquellos ojos, aquella figura. Vi cómo se despojaba de los suaves y livianos guantes que cubrían sus manos, bajo las anchas mangas de su estameña oscura.

Era espantoso.

Ella, el rector Salomón, todos.

Todos iguale. Todos la misma espantosa tara. Miré al Vellocino. Recordé sus nombres, evoqué la Biblia, la mención del Levítico:

«Llevará rasgadas sus vestiduras, desnuda la cabeza, y cubrirá su barba e irá clamando: ¡Inmundo! ¡Inmundo!»

—Dios del cielo —musité, estremecido—. Es... es eso. Impuros...

—Impuros —asintió Salomón—. Eso dice la .Biblia.



—Es... es la... la... la lepra... —dije, convulso.

Y me quedé mirando la faz de Ruth: descarnada, horripilante, deforme, con la carne desprendida en parte, exhibiendo algo de su calavera, los ojos rodeados de sombras violáceas, las manos descamadas,, deformes, sarmentosas y terribles.

Y todos, todos, con iguales lacras faciales y en sus manos y brazos. Imaginé sus llagados cuerpos. Vi sus cráneos medio calvos,

o con mechones blancuzcos, sin vitalidad. Vi sus epidermis tirantes, lustrosas, sus hendiduras carcomidas por el mal terrible.

Demudado, caí contra el muro, me apoyé en el jadeante, enjugué el frío sudor de un manotazo, evitando mirar a la muchacha que yo creí joven, hermosa, normal.

—Ni siquiera es lepra —dijo lentamente Ruth.

—¿Qué? —musité—. Eso es... es lepra. Es el bacilo de Hansen, Ruth.

—No. Es el mal que provoca la radiación letal a quien no muere. El lento mal que nos convierte en esqueletos paulatinamente... como hizo más de prisa con los demás. El mal que afecta nuestro organismo, que nos convierte en antropófagos. Nos deformamos, nos caemos a pedazos, Milton.

—¡No, no! —gemí.

—Nos caemos a pedazos —insistió ella, casi cruel—. Estos son los Refugios Prohibidos, los nuevos Lazaretos para una raza impura, condenada a una muerte lenta y horrible. El mal nos afecta particularmente de noche. Nos ataca a los órganos visuales, nos hace huir de la luz... porque también revela nuestra podredumbre física, Milton. Y nos convierte en feroces salteadores de tumbas, en devoradores de carne humana.

—Dios mío —cubrí mi rostro entre ambas manos, en el paroxismo del horror—. ¿Cómo es posible semejante aberración?

—Nosotros no la pedimos. Ni siquiera la merecimos. Hemos creado esta comunidad. Y hay otras. Todos obrarnos igual. No somos muchos en el mundo. Imagino que unos cientos de miles, dispersos en los puntos que menos sufrieron los efectos del caos. Se parece mucho a la lepra, sí. Pero no lo es. Esas armas letales fueron causantes. No hay remedio. Ni medicamentos, ni drogas. Nada. Sólo ir muriendo aquí, lentamente. Deambulando de noche, como vampiros o fantasmas. ¿Vas comprendiendo la magnitud de nuestra tragedia, Milton?

—Sí —afirmé—. La he comprendido... en toda su dimensión. Lo siento, Ruth. De veras lo siento y os pido perdón a todos.

—Estás perdonado —dijo Salomón lentamente—. No tenemos nada contra ti. Representas demasiado claramente lo que nos destruyó y nos convirtió en lo que hoy somos. Eres un símbolo de la tecnología que aniquiló al planeta, pero tampoco tienes la culpa. Te eligieron, como a tantos otros. Sin embargo, sabe cuál es nuestra actual evolución. Somos auténticos submutantes, seres inferiores, inmundos. Deseamos comer. Y sólo quedan ya los cementerios. No hay cadáveres. Los pocos que habían fueron devorados inicialmente. Tú... tú eres un ser vivo, apetecible.

—Dios mío, callad —musité, trémulo—. Es demasiado espantoso.

—Pero inevitable. Ya te lo dijimos antes. Esto es una cacería. Y sólo puede tener un final. Te despojaremos de cuanto signifique luz cegadora para nosotros. Hemos averiado ¡as líneas de conducción eléctrica. Destruiremos baterías y lámparas. Terminarás solo, en la sombra, Y serás devorado. Es algo inexorable. —Yo solo... contra iodos —gemí.

Eso es. No podríamos dejarte con vida. Pero hay otro medio de evitar tu final en nuestro festín. Elije, extranjero.

—Elegir... ¿qué?

Ruth dio la respuesta. Evidentemente, era mi única posibilidad. Me erizó los cabellos al proponérmela:

—Hazte.. uno de nosotros. Déjate contaminar... y sé uno más. Vive nuestra vida... hasta el día último del ser humano en la Tierra.

—¡Nooooo! —aullé—. ¡Eso no, Ruth! ¡Jamás!

—Milton, piénsalo...

—Está pensado. No, Ruth. Ser... ser uno como vosotros, con ese horrible aspecto... no me aterra tanto como pensar... que yo también, con mi mente afectada por el mal, devoraría muertos en un cementerio... como un buitre más. ¡Oh, no, cielos! Prefiero ser víctima... a comensal.

—Lo sabía —suspiró ella. Evitó mirarme. Se cubrió con su caperuza, para que yo no viera su espantosa apariencia humana de ahora, con aquel rostro descarnado y terrible—. Lo sabía, Milton.

Por un instante tuve la esperanza de que serías un hermano nuestro... y te tendría a mi lado hasta el fin. Hubiera sido.. un hermoso consuelo...

—No, Ruth —dominé mis náuseas—. No. Lo... lo siento.

—Está bien. Ahora, ya tienes la respuesta que buscabas. Hemos cumplido nuestra palabra. Vete, Milton. Vete ya. Lejos de nosotros. Tienes hasta el nuevo día. Mañana noche, vayas donde vayas... iremos tras de ti. Y te daremos alcance. Es inevitable, tú lo sabes. Nosotros, u otros como nosotros... lo conseguirán. Mañana, pasado... ¿qué importa el día?

La miré despavorido. Miré al rector Salomón, a los demás. La comunidad me contemplaba, con sus espantosos rostros de impuros, de auténticos leprosos, aunque su lepra fuese esta vez: el efecto monstruoso y deformante de una radiación que les convirtió en atroces submutantes.

Tropecé en los escalones al subir, tal era mi pavor ante ellos, mi asco y mi angustia. Mi siquiera miré de nuevo a Ruth, que era una rígida imagen, con la caperuza tapando piadosamente su horrible apariencia.

Salí de allí sin ser molestado. La piedra negra giró luego a mis espaldas, cerrando el santuario. Volví a escuchar sus cánticos litúrgicos al Vellocino de piedra y metal radiactivo.

Y corrí. Corrí como un desesperado en la noche, sin saber adónde iba ni lo que hacía sin importarme siquiera el peligro que corría solo en el mundo,

Porque realmente, estaba solo. Ahora lo sabía.

Yo era... el último. El último ser humano con vida.

Los demás eran mis enemigos. Unos seres deformes y horribles, Los contaminados. Entre todos ellos, yo era el extraño. El ser a quien había que casar y destruir. El que tenía que ser devorado.

* * *

Desperté.

Me dolía horriblemente la cabeza. Tiritaba,, pese a que no hacía frío. Incluso brillaba un tibio sol entre nubes. El suelo estaba mojado,

encharcado en algunos puntos. Había llovido a última hora de la madrugada.

Me importaba poco ya el sol, la lluvia o las nubes. Todo importaba un comino ahora, cuando me sentía terriblemente solo en la trampa mortal que era el mundo para mí.

Me desperecé. Busqué una farmacia y tomé unos comprimidos para mi dolor de cabeza. Luego caminé por la ciudad desierta. Podía ir a cualquier otra del litoral. Incluso dirigirme a Génova o a Bolonia, ya en el interior del país. Pero todo, eso era perfectamente inútil, después de todo. Era ir a parar a manos de otros como ellos. Las comunidades eran las mismas por doquier, Encerradas ahora en sus ritos y costumbres, mitad medioevales, mitad bíblicas. No llevaban armas, eso era cierto. Yo no les había visto ninguna, cuando menos. Ni las necesitaban. La oscuridad era su único vehículo. Su mejor recurso, su arma suprema contra mí.

Se sentía una rara impresión al saber que uno era el único enemigo de todos ellos. El mundo entero contra mí. Los tarados, horribles supervivientes de la Humanidad, aliados contra el único «extraño» entre ellos: yo, Milton Zorbe, astronauta.

Entré en un restaurante. Los alimentos normales estaban podridos o resecos. Era inútil buscar alguna comida que no fuesen latas o recipientes herméticos. Lo demás había dejado de existir en todas partes.

Volví a comer alimentos envasados y cerveza. Con galletas en vez de pan. Luego me dediqué a buscar formas de obtener luz por toda la ciudad, bajo el tibio sol matinal.

Tarea inútil. Ni gas, ni baterías, ni tan siquiera gasolina o petróleo para alguna forma de mecha. Ni velas, ni fósforos. Nada. Todo había sido escondido por ellos, los submutantes leprosos.

La noche iba a ser oscura para mí. Muy oscura. Posiblemente mi última noche en la vida.

Me solivianté. Busqué algún vehículo en condiciones, y hallé una motocicleta de gran cubicaje. Tenía combustible. La puse en marcha, y me alejé del lugar, aunque sabía que ellos, lentos e

inexorables, viajaban luego detrás, quizá llamados de alguna forma por otra de las comunidades. Ojos invisibles me vigilaban y seguían, estaba seguro de ello. Empezaba a sentirme lo que realmente era: la presa de los cazadores ocultos, implacables.

Mi revólver cargado y mi rifle no me hacían sentir demasiado seguro. Cuando me atacasen, podría tumbar a diez, acaso a veinte, si tenía suerte. Finalmente, caerían sobre mí como una bandada. Eran demasiados. Centenares, acaso miles de ellos.

Recordé algo. Cosa curiosa: una sola mujer, Ruth. Todo hombres. ¿Por qué Ruth? Volví a recordar: una enfermedad, un tratamiento intensivo, una droga, a modo de vacuna... y eso la hizo sobrevivir al caos. ¿Qué droga, qué enfermedad?

Debí habérselo preguntado. Ya no tenía objeto, porque la radiación había pasado, pero ese punto me tenía intrigado. Pensé en ella. Sacudí la cabeza.

—Pobre muchacha —susurré—. Ruth... Acaso fue una hermosa criatura. Y ahora...

Llegué a un pueblo inmediato. Situado a cosa de siete millas de la población abandonada. Era pequeño, provinciano. Tan tranquilo como podía estarlo ahora Nueva York o Londres. Era la tranquilidad pavorosa del vacío, de la soledad. .

Bajé de la motocicleta. Me quedaría en él. Aún no era mediodía. Pero los días transcurrían tan de prisa ahora... Pronto, otra noche llegaría. La noche alucinante de los devoradores de cuerpos humanos.

Busqué cigarrillos. No encontré. Había agotado el paquete último. Tomaría alguno de un estanco del villorrio, pensé. Mis dedos tropezaron, con una cartulina en el bolsillo. Traté de recordar. Yo no llevaba nada antes. Sólo los cigarrillos y mis fósforos. Estos, apenas una docena, eran mi último recurso, a menos que en el villorrio hallase nuevas formas de dar luz.

Extraje la cartulina de suave tacto. Me quedé asombrado.

Aquello nunca había sido mío. Era una fotografía. Una fotografía en color, de tamaño postal. Una mujer.

La más hermosa mujer que jamás viera antes de ahora. Más bella que Kathy, mi Kathy, perdida para siempre en Estados Unidos. Una joven meridional, morena, esbelta, de grandes ojos oscuros, de rostro suave y atractivo, de carnosos labios, de expresión maliciosa y vivaz.

Miré algo escrito al pie, rápidamente, con nerviosismo:

«ESTA ERA GINA. AHORA ES RUTH.»

—¡Ruth! —musité, horrorizado. Y contemplé aquel bello rostro, aquella figura espléndida, juvenil, arrogante, llena de vitalidad y atractivo.

Sentí que la cabeza me daba vueltas. Ruth. Ella había metido aquella fotografía en .mi bolsillo. Gina. Así se llamó antes de convertirse en una mujer de nombre bíblico, en un ser deformado y monstruoso, tarado por el mal invisible. Pobre Gina, pobre Ruth.

Estrujé la fotografía entre mis dedos. Luego la doblé. La guardé en mi bolsillo. Casi amorosamente. Con ternura. Con dolor. No me importaría que ella fuese la que tuviera que devorarme, como si de un animal se tratase. Pero algo me decía que Ruth era diferente en muchas cosas. Su aspecto era igualmente espantoso, sí. Pero ella había pactado conmigo, había sido amistosa, leal. Me había dado, incluso, a escondidas, sin yo advertirlo, su fotografía de antes. De cuando ella era, simplemente.. un ser humano.

¿Y si Ruth era distinta también en eso? ¿Y si no engullía carne humana? ¿Y si la espantosa antropofagia de su dolencia no hacía presa en ella por ser mujer? Ella nunca llegó a afirmar que hiciere, como los demás.

Aparté la idea de mi mente. No tenía por qué pintar las cosas de color más amable. La realidad era cruda, terrible, fuese como ella fuese... Ruth era un monstruo. Igual que todos sus hermanos de comunidad. Resultaba grotesco, incluso abominable, pensar en ella como... como en una mujer

Y sin, embargo...

* * *

Encontré cigarrillos en abundancia. Pero no fósforos. Ni luces de ninguna clase.

La pugna se decantaba a favor de ellos. Me vencerían inexorablemente. No había medio de procurarse luz. Ni defensas contra ellos. No tenía dónde refugiarme. Sólo podía esperar. Esperar la noche. Esperarles a «ellos»...

Entré en una farmacia. Me procuré algo en lo que ellos no habían pensado: alcohol. Improvisé una mecha y un recipiente. Cuando menos, eso ardería un tiempo, aunque débilmente.

Elegí mi reducto para la noche que se avecinaba. Tras mucho dudar, me decidí per un camión metálico para transporte de productos alimenticios, parado en medio de la calle...

Desconecté su motor, para que no pudieran moverlo de su emplazamiento. Conecte la batería del coche a una bombilla de escasos watios, situada dentro de la cabina hermética del vehículo, muy amplia y dotada solamente de un juego de rejilla graduable, corno respiradero. Comprobé que todo podía ajustarse desde dentro, dejando el recinto virtualmente inexpugnable.

Dispuse allí dentro alimentos, café, municiones y armas. Me sentí más tranquilo. Eran solamente las tres de la tarde cuando terminé la tarea. Disponía de más de tres horas de luz del día, para situarme en mi reducto desesperado de esa noche.

Seguía doliéndome la cabeza. Regresé a la farmacia y tomé un tubo de aspirinas, en previsión. También elegí un frasco de la estantería destinada a los productos tóxicos. En el peor de los casos, si me veía derrotado y a punto de ser asaltado por ellos, el veneno instantáneo no dejaría de ser un alivio.

Volví a acordarme. Gina, o Ruth, y su enfermedad... La fuerte droga como vacuna... Yo tenía algunas nociones médicas, pero ignoraba cuál fue el mal exacto de ella cuando la medicaron. Entré en el casino del lugar, situado frente a la farmacia. Me puse tranquilamente una cerveza. Bebí, con calma. Tomé un viejo diario con el sello del casino en una tabla a la que iba unido. Empecé a hojearlo.

Era de algunos días antes de la hecatombe. Pasé de largo sus noticias alarmantes sobre el peligro alojado en el fondo de los mares. De repente, mis ojos se habían fijado en algo revelador. Una noticia de la primera página, pero en una columna inferior.

El titular me obligó a leer el texto:

«Los casos de la epidemia azul, van cediendo. El mal se ha logrado aislar y vencer en todo el litoral mediterráneo.»

Su texto era breve, pero me interesó al parecer, una llamada «epidemia azul», que se revelaba por la leve coloración azul de manos y mejillas en el paciente, se había presentado en diversos puntos meridionales aquella temporada. Allí se hablaba de una medicación fuerte, enérgica, y de una droga que, a guisa de vacunación masiva, no sólo cortaba el mal, sino que prevenía contra futuras complicaciones del mismo.

Los detalles coincidían en general con el relato de Ruth. Leí el nombre de la droga o vacuna: Inohexaziol fuerte. Algunos médicos, atribuían la «epidemia azul» a consecuencias leves de alguna radiación de experiencias bélicas de uno u otro país. Desgraciadamente, la teoría se confirmaba con la terrible noticia de la parte superior de la página, anunciando el fin de la Humanidad.

Volví a la farmacia. Busqué el medicamento. Lo encontré. Debido sin duda a la epidemia, habían recibido una fuerte remesa de Inohexaziol. Hasta dos docenas de cajas aguardaban en un estante, para ser distribuidas, cuando llegó el caos. Recogí todas ellas en una bolsa. A su lado, en un impreso, anunciaban otro producto para la epidemia. Recogí también de ese fármaco, y regresé con todo al camión, introduciéndolo en su hermética estructura metálica. Luego, cerré. Lo aseguré todo y, sin dar luz alguna, sólo con el leve resplandor solar que penetraba por el juego de rendijas del respiradero, dispuse las ropas allí metidas, y me tendí, dispuesto a esperar, traté de leer un libro, de los cuatro o cinco que había llevado conmigo, pero era difícil concentrar las ideas, y lo dejé, optando por fumar sin prisas. Ante mí, dispuse el tabaco y los

escasos fósforos que me quedaban. Sólo diez. Si quería fumar, iría prendiendo un cigarrillo con otro. Cualquier cosa menos gastar mi única fuente de luz para prender fuego al alcohol.

A las seis y veinte minutos, la penumbra era intensa ya, dentro del camión. A las siete menos cuarto, se había hecho totalmente oscuro, cuando menos dentro del vehículo.

Agucé el oído. Me parecía sentir roces, ruidos en el exterior. Naturalmente, el viento marítimo y mis propias aprensiones, influían en todo ello de manera poderosa. Opté por dominar .mis nervios y no dejarme vencer por la incertidumbre ni los temores.

Era mejor esperar serena, confiadamente. Con las armas, y el veneno muy cerca. Con todo previsto, en aquella delirante lucha contra una fuerza demoníaca, estremecedora.

Me erguí de repente. Ahora sí. Ahora no había duda alguna. Había *alguien* afuera, junto al camión. Y rozaba la carrocería metálica de éste. Giré la cabeza. También por el otro lado...

Borrosamente, capté movimiento en los neumáticos del coche, en la cabina del conductor, que yo había aislado por completo de la cabina de carga, ajustando la ventanilla y asegurando sus pestillos de acero.

Era estremecedor sentirlos tan cerca, saber que los siniestros monjes de la faz descarnada estaban allá afuera, al acecho. Acercándose a mí, buscando el camino...

No había encendido aún la luz. No la precisaba. Afuera, el cielo estaba despejado. Había estrellas. Lejanas estrellas, bien ajenas a la agonía de nuestro planeta. Su leve claridad era un arma a mí favor.

Noté dos sombras tras las rendijas del respiradero. Escudriñaban el interior. Y como ellos veían en la oscuridad, ya sabían que yo estaba allí... Un raro instinto les guiaba siempre. O, realmente, vigilaban durante el día de alguna forma.

Oí sus manipulaciones. Intentaban romper aquellas rendijas de acero. Me decidí. Alcé el rifle, tras subirme a unas cajas que había

situado como reducto póstumo. Metí el cañón por la primera rendija. No dudé.

Apreté el gatillo tres veces, en rápida sucesión.

Hubo tres estampidos. Tres disparos, tres llamaradas violentas en la sombra. Afuera, gritos roncos, caídas, dando tumbos, desde lo alto del camión al suelo de la calle.

Me quedé quieto, humeante mi rifle. Una voz apagada pero audible, sonó afuera, no lejos de la sólida puerta, bien atrancada, del macizo vehículo:

—Los ha matado... Están muertos... Sí, pueden empezar el festín...

Sentí horror sin límites. Iban a comenzar su banquete. Como los lobos. Devorándose unos a otros. Era la lucha feroz por sobrevivir. Pero yo estaba seguro de algo: nunca me perdonarían esas muertes. .

Respiré hondo. Sequé el sudor de mi frente. Esperaba que Ruth no hubiera sido ninguno de ellos. No sabía por qué, ella era diferente para mí. Acaso por ser mujer, acaso porque ahora sabía cómo fue realmente antes de aquel horror.

Afuera reinaba el silencio. No presagiaba nada bueno, sin embargo. Sentí que el camión se bamboleaba ligeramente. Luego, con más fuerza. Comprendí lo que hacían. Desmontar sus ruedas. Acaso pretendían volcarme. Pero eso no les permitiría entrar allí.

Encendí la bombilla de escasos watios, unida a la batería del coche. Eso duraría aún unas horas. Cuando, se agotase la batería, introducida allí con ese objeto, tenía el alcohol. Con luz, ya no asomarían de nuevo, Y menos habiendo sufrido bajas.

Me sentía nervioso, impaciente, lleno de tensión. Sabía que no había salida posible. Cada noche que pasaba, mi situación era peor. Ellos lo sabían tan bien como yo. Esperaban solamente a que cometiese un error. O a que me faltaran los recursos.

Volvieron a manipular en la ventanilla que comunicaba con la cabina. Buscaban meterse por allí, aunque era demasiado angosta. La plancha metálica se agitó, pero sin ceder. Siguió un silencio.

Tragué saliva. De repente, hablé en voz alta:

—Es inútil. No vais a llegar hasta mí.

Afuera, el silencio se prolongó. Luego, una voz sibilante, habló junto a la puerta trasera de la ancha cabina metálica:

—Lo veremos, Milton. Nosotros sí tenemos baterías. Y aparatos eléctricos que no producen luz, pero que son muy eficaces. Como taladros para metal...

Me estremecí. Eso era cierto. El que hablaba era Salomón. Y no parecía fanfarronear.

—Mataré a muchos de vosotros antes de caer yo —avisé.

—Morir es nuestra ley inmutable —fue la respuesta—. No nos asusta la muerte, Milton. Cada uno que muera será alimento para la supervivencia de los demás.

Maldije entre dientes. No se asustaban por tan poco. La Comunidad no cedía.

—¿Y Ruth? —pregunté—. ¿Está ella bien?

—Eso no te importa demasiado, Milton. Ella ya no va a ayudarte. Ni a darte ninguna oportunidad. Pudiste ser uno de nosotros, y no quisiste Te dábamos horror, demasiada repugnancia, ¿no es cierto?

—Tal vez no era sólo eso, Salomón. Vosotros no tuvisteis ocasión de elegir. Yo no deseo ser algo, diferente a lo que soy. Quiero, continuar perteneciendo a la especie humana, tal y como siempre fue.

—No va a durarte mucho tiempo. Este es tu fin, Milton.

—Quizá no lo sea aún. Puedo sobrevivir esta noche.

—Entonces será mañana... No tenemos prisa. Eres nuestro. No hay escapatoria. En esta caza, la pieza no tiene adonde ir. El coto está cerrado. Y somos demasiados cazadores.

Se percibían muchos ruidos en torno el camión. Roces, jadeos, movimientos, incluso el horrible crujido de los dientes de aquellos seres haciendo presa en sus semejantes...

—¿Acaso vosotros... todos vosotros... sufristeis la «epidemia azul», antes de llegar la contaminación absoluta?

—¿Por qué preguntas eso? —quiso saber Salomón.

—Por nada. Es algo que se me ocurrió...

—Sí. Todos sufrimos esa epidemia. Era muy corriente. Faltaban medicamentos suficientes para todos. Empezaba a cundir el pánico. Algunos, como Ruth, pudieron medicarse intensamente. Otros, no. Pero el final fue el mismo para todos.

—Entiendo —dije, pensativo—. Es como imaginé... Supongo que el mal afecta inicialmente a la sangre...

—Exacto. La sangre, sí. Se torna azulada, y da su color a la piel... Pero ahora, nuestra sangre está mucho peor. Horriblemente contaminada. Convertida en algo podrido que nos corrompe lentamente. Los que murieron tuvieron más suerte. Ellos, sin duda, no sufrían la «epidemia azul», que ninguna mujer prácticamente adquirió. Y la contaminación les hizo descomponerse y descarnarse en escaso espacio de tiempo, sin apenas advertirlo, en tanto agonizaban... ¿Por qué hablaste de todo eso, Milton? ¿Qué tratas de hacer?



—Nada —dije—. Nada aún, Salomón. Sólo espero, y pido a Dios, que me deje sobrevivir esta noche.

—Eso no será. Nuestro nuevo dios nos proteja, Milton.

—No creo ni creeré nunca en ese ídolo absurdo. Tengo fe. Sé que mañana aún estaré vivo...

—Es un error —dijo Salomón—. Míralo, Milton...

Miré. Y, efectivamente, comprendí que mi esperanza era una utopía.

Un poderoso perforador de metales, empezó a zumbar. La puerta fue taladrada. El taladro inició su giro en círculo, para abrir un boquete. Disparé contra allí, pero las balas rebotaron, sin atravesar el duro metal,

Me revolví. A mi espalda, en la cabina del camión, otro taladro mecánico actuaba, con fuerza. Y empezaba a perforar la carrocería metálica, con un segundo boquete por el que, inexorablemente, penetrarían en breve plazo los espantosos monjes de la faz descarnada y el apetito de caníbal...

# CAPITULO III

LOS momentos que siguieron eran cruciales para mí.

De ellos dependía todo, y yo lo sabía. Afuera, una especie de jadeo repetido, como una letanía ávida en bocas que ansiaban devorarme, producía un ruido susurrante, animal, estremecedor. Manos impacientes, pasaban sobre el metal, esperando a vencerlo para caer sobre mí...

Era una experiencia aterradora. Prendí la lámpara de alcohol, y la mecha ardió alegremente, con fuerte resplandor. Esperaba que durase lo suficiente, aunque ellos esperarían, impávidos, a que se agotara su luz, para caer sobre mí como monstruos infernales, surgidos del mundo de las tinieblas.

Preparé el rifle. Moriría matando, cuando menos. Los taladros proseguían su avance inexorable en el metal. En pocos minutos, los boquetes serían una realidad. Y por ellos llegaría la muerte más espantosa que jamás pudo un ser humano imaginar.

Esperé, controlando mis nervios del mejor modo posible. En tensión. Alerta, vigilante. Sin demasiadas esperanzas. Pero también sin darme por vencido.



Súbitamente, cedió una parte del *metal*, en la cabina delantera. Asomaron rostros sin máscara. Rostros descarnados, espeluznantes, baje las caperuzas monacales, Yo disparé sin vacilar.

Uno, dos, tres, cuatro, cinco disparos.

Los rostros se borraron velozmente del hueco. El rojo de la sangre, levemente azul, acuosa, salpicó sus caras aterradoras. Les vi desaparecer uno tras otro. El hueco quedó libre.

Afuera, el jadeo colectivo aumentaba. Era ya como un cántico litúrgico. Oí el crujido de los cuerpos, atacados por sus semejantes, en feroz festín. Me sentí enfermo, aunque no me era dado ver, por fortuna, el acto canibalesco.

Aquellos pobres diablos no eran responsables de sus actos. El fenómeno de la antropofagia formaba parte de la contaminación, pero aun así resultaban repulsivos. Sobre todo sabiendo que mi destino final sería, inevitablemente, el mismo...

Por el lado opuesto, el taladro avanzaba con más lentitud. Pero avanzaba, que era lo terrible. Y de un modo que hacía ya más próxima la amenaza. La espantosa amenaza de unos seres demoníacos, dispuestos a engullirme ferozmente. Entre ellos, en el mundo muerto donde compartíamos tan extrañamente la existencia agonizante de la Humanidad, yo seguía siendo... el único. El último de todos los seres normales de la raza humana.

Me dispuse a enfrentarme a nuevos adversarios. Recargué el arma. Fijé mis ojos en aquel boquete... Luego, con un estremecimiento, miré atrás. ¡Dios de los contaminados, dos «impuros» leprosos de la radiación, se introducían ya en el camión!

La explicación era simple: la mecha de alcohol se extinguía, la luz era muy débil, y no les molestaba ya tanto... Había olvidado echar más alcohol en el recipiente. Traté de llegar a la garrafa del líquido combustible... cuando el metal de atrás cedió, abriéndose un enorme círculo metálico, un gran boquete por el que empezaron a entrar también los tarados repugnantes, con sus manos y costras mostrando colgajos informes de carne que, virtualmente se caía de su esqueleto, convirtiendo su aspecto en algo horrendo y estremecedor.

Me rodeaban ya. Me vencían...

Esta era mi derrota. Y yo lo sabía. A pesar de todo, apreté el gatillo, tirándome a un lado, para defenderme de todos a la vez. Los espantosos seres, en tropel, fueron entrando en el camión. Se movieron hacia mí. Sus nauseabundas zarpas descarnadas se agitaban en el aire, hacia mi cuerpo, como garras de buitres sarnosos. Sus caras, con ojos dilatados, a veces entre amasijos o jirones de lívida carne podrida, se fijaban en mí, bajo la sombra de las caperuzas...

Las bocas babeaban, ávidas. Disparé, disparé y disparé, furiosamente. Les vi bailotear despidiendo borbotones de aquella fea, licuada sangre azulada suya, por los boquetes que, despiadadamente, abría mi arma en sus carnes hediondas.

Aun así, no había remedio. Cayeron seis u ocho. Otros se abalanzaron sobre ellos, para despedazarlos en la más repugnante y aterradora comilona de todos los tiempos... Los demás, cuando menos ya dos docenas de ellos, con una masa ávida y expectante en las oscuras calles del villorrio, cayeron sobre mí, arrancándome el arma, disponiéndose a convertirme en el manjar anhelado de su repulsivo festín...

No me quedaba más que una cosa: tomar el veneno de mi mano zurda. Y engullirlo. Luego, se comerían otro cadáver, como en los cementerios allanados...

Alcé mi mano. Aproximé la cápsula venenosa a los labios

Un segundo más, y todo estaba decidido. Yo, el último, también habría terminado mis días en el planeta muerto.

* * *

Todo dependió de ese leve segundo, de ese tránsito casi inapreciable entre la vida y la muerte. Entre ingerir la cápsula letal o no. La diminuta gragea de veneno activísimo, rozó mis labios...

—¡Esperad! ...

La voz sonó, potente, autoritaria. Y procedía del exterior. Se repitió, ya en el umbral del boquete abierto en la carrocería metálica del camión... _

—¡Esperad todos, no ataquéis a ese hombre, a Milton, el extraño a la Comunidad! ¡No hagáis nada aún!

Lo extraño es que esperaron. Obedecieron. Era la voz de mujer. La voz de la única mujer existente, cuando menos, en el litoral mediterráneo. La voz de Ruth. O de Gina, como se la quisiera llamar. Ellos se detuvieron, con sus repulsivas manos sobre sí, con el aliento fétido de sus rostros deformes cerca del mío. Con aquellos dientes incisivos, habituados al más horrible de los manjares, cerca de mi epidermis...

Los rostros encapuchados se volvieron. Las miradas en las órbitas afectadas por el terrible mal, se clavaron en ella. Ruth, con su máscara de muchacha bonita e inexpresiva, con sus guantes cubriendo las taras horribles de sus manos, estaba allí. Dominante, llena de autoridad.

—¿Qué ocurre ahora, Ruth? —sonó una voz irritada—. El es nuestro. Le vencimos. Ha aniquilado a muchos de los nuestros.

—Sí, he podido verlo con mis propios ojos, allá afuera, Josué. He presenciado, una vez más, el espantoso espectáculo del festín...

—Porque tú, como mujer y como extraña elegida del Dios de Metal y Piedra, no sientas los mismos apetitos que nosotros, no hay motivo para censurarnos lo que tú bien entiendes, lo que es nuestro instinto actual...

—Sí, Josué. No censuro nada. Hablo de lo que veo.

—Pero has pedido que esperemos. ¿Quieres otra vez pactar con el extranjero? Sabes que sería inútil. Posee inteligencia, conocimientos. Sería una gran ayuda en la Comunidad, pero no quiere ser contaminado. No desea ser, por nada del mundo... uno de nosotros. Le horroriza la vida en el lazareto. Eso tiene una sentencia inapelable. Debe ser convertido en alimento para los demás.

—El tenía fe en sus fuerzas —dijo Ruth lentamente—. Quizá ahora ya no tenga tantas. Acaso quiera rendirse. Deseo hablar con él, saber si aún es posible que sea uno de los nuestros, un Hermano de la Comunidad...

—Respetaré por esta vez tus deseos, a pesar de todo, Ruth. Eres nuestra Profeta y tienes ese privilegio. Eres mujer, y ya ninguna otra mujer queda. En ti empieza y termina la Creación y el ser viviente racional. Habla con él. Que elija. Pero ahora mismo. Y luego... resolvamos.

—Apartaos. Todos. Tú también, Esdrás. Y tú, Malaquías...

Se fueron separando todos, con aire defraudado, de glotones a quienes se les priva súbitamente de su manjar. Ruth se plantó ante mí. Me miró. Pude distinguir el .brillo oscuro y vivaz de sus ojos, tras la máscara. La luz de las estrellas, difusa, tenue, era la única dentro del camión invadido por ellos.

—Hola, Milton —me saludó, grave el tono.

—Hola —le dije. En mis dedos sostenía la pequeña cápsula de veneno—. ¿Qué pretendes?

—Salvarte.

—¿Por qué, Ruth?

—Me atrae la idea de que sigas viviendo.

—Viviendo... —musité—. ¿Esto es vivir, Ruth?

—Quizá no. Pero lo más parecido. Morir... es ser festín de los demás.

—Y vivir... ¿qué es, Ruth?

—Arrastrar las lacras que nos donaron los demás. Sufrir una corta eternidad. Y terminar muriendo también. Pero siempre hay una esperanza, Milton.

—¿La hay?

—¿Y tú lo preguntas? Creí que tenías fe. Que creías en Dios todavía...

—Me pregunto qué esperanza existe para lo que nos rodea, Ruth. Esto es un remedo torpe de de la vida. Un arrastrar taras y horrores, un morir abyecto y lento...

—No tenemos la culpa. No pedimos ser así.

—Lo sé. No os culpo yo tampoco. Sois crueles, feroces incluso. Pero de eso no tenéis culpa alguna. Lo que me aterra es pensar que

ese sacrificio para nada sirve. Si me hago uno de vosotros, sentiré horror de mí mismo, de los demás. ¿Valdrá la pena?

—No lo sé, Milton. Hablaba por mí. Para mí valía la pena tenerte al lado. Incluso en nuestro estado de impuros, de leprosos, de muertos en vida.

Dudé, sin quitar la mirada de ella. Pude incorporarme, vacilante. Me apoyé en la pared metálica del camión. Al fondo como un coro épico y dantesco, los habitantes y capuchones, las figuras deformes, los rostros alucinantes...

—Tengo aquí una pequeña cápsula, en mi mano ¿Imaginas lo que es?

—Veneno...

—Sí, es veneno —asentí—. Iba a ingerirlo cuando apareciste. Era lo mejor, Ruth ¿O prefieres que te llame... Gina?

—Gina... —ella se estremeció, bajo las burdas ropas—. No, no. Eso pasó. Quedó atrás para siempre. ¿Viste... viste la fotografía?

—La vi. Eres hermosa...

—*Era* hermosa. Esa era Gina. Ahora, es Ruth quien existe.

—Lo entiendo. Tú y esa gente... Todos erais enfermos del «mal azul», la epidemia que antecedió a la hecatombe total, Es curioso, pero os salvó de perecer como los demás.

—¿La epidemia? —se sorprendió ella—. ¿Qué tiene que ver con todo esto?

—Tú la mencionaste. La medicación, el tratamiento... la vacuna. No pensé entonces en ello. Pero tenía que existir una razón. Una razón para sobrevivir, aun en ese estado. Una razón para que una sola mujer quedara con vida... La encontré, Ruth.

—No tiene sentido...

—Tiene más del que crees. Los medicamentos actuaron como antídoto. No lo bastante fuerte, claro. Las radiaciones mortíferas invadían el mundo, atacaban a toda forma de vida. Era un azote demoledor, espantoso. Nadie lo soportaba. La muerte, la desintegración de los tejidos, la erosión de los órganos vitales, era inmediata. Pero hubo un grupo, unos extraños «elegidos»: los

enfermos de la «epidemia azul». La medicación les preservó de la más poderosa radiación. Sobrevivieron, extrañamente. Erais vosotros. Con vuestro lento, implacable mal a cuestas, como una maldición bíblica. Pero así sucedía. El mal atacaba especialmente a los varones, Ninguna mujer fue afectada... excepto tú. Y tú te salvaste, Tu medicación era también más fuerte.

—Son simples conjeturas. No puedes estar seguro de eso...

—Ruth, espera. Vamos a comprobar la conjetura. Veamos si la teoría responde a la realidad...

—Imposible, Milton.

—Tú sabes lo que yo siento. Sabes que deseo morir. Que prefiero el fin rápido y compasivo a ser... uno más de vosotros.

—Sí, lo sé. Quisiera salvarte, y no puedo.

—Sin embargo... voy a aceptar.

—¿Qué? .

—Acepto tu oferta. Quiero continuar con vida. Ser uno de vosotros...

—Milton, no,...

—¿Qué te pasa? Tú misma me lo ofreciste.

—Sí, pero... siempre supe que lo rechazarías. Quería prolongar lo inevitable. No... no puedo imaginarte con uno de estos hábitos, dejando que tu carne caiga a pedazos, que el terrible mal te mine, hasta convertirte en un esqueleto andante...

—Sin embargo, he aceptado —dije serenamente—. Adelante, Ruth. Seré uno de los vuestros. Otro Hermano en la Comunidad.

—No, Dios mío... —la oí gemir.

—Es el único medio... dé comprobar si tengo razón o no —susurró—. Hay que intentarlo. Es preciso, Ruth.

—Pero ¿qué puedes tú hacer?

—Es cosa mía, Ruth. Ya te di mi respuesta. Díselo a todos. A Salomón, a Josué, a Malaquías, a todos... Yo seré... Lázaro. —Lázaro...

—El que volvió a la vida. El nombre también es bíblico. Pero del Muevo Testamento. De un contemporáneo de Cristo, que tuvo fe en

El...

—Dios mío. Milton, ¿tú sabes... sabes en qué modo... te conviertes en otro contaminado? ¿Cómo se lleva a cabo la contaminación?

—No —me estremecí, cerrando los ojos fuertemente—. Espero que no sea demasiado difícil para mí...

—*Es* demasiado difícil. Demasiado horrible...

—Dios me ayudará —musité—. Adelante, Ruth.

—Milton... Has de venir con nosotros ahora. Y someterte a todo el rito inicial... dentro ya del Refugio Prohibido más próximo.

—Adelante con ello.

—Milton, nunca debí insistir. Hubiera sido mejor. Ya... ya estaría todo terminado...

—Tú lo quisiste así. Y yo también.

—Nunca me lo perdonaré.

—Nunca... Es poco tiempo, Ruth. Recuerdo que tenemos todos tan poco tiempo ya...

Me aproximé decidido a los contaminados. Todos me contemplaron con mudo asombro. Pero con respeto. Vi emerger a Salomón de entre todos. El Rector me sonrió con su horrenda carátula de carne purulenta.

—Tienes mucho valor, extranjero —dijo—. ¿No te arrepentirás?

—No —negué—. No voy a arrepentirme. Vamos ya.

—Ruth estaba segura de que no podías morir. Veo que tuvo razón. Sería magnífico que pudieras sobrevivir tal como eres ahora. Pero compréndelo. La Comunidad tiene sus reglas. Nadie debe ser diferente. No podemos ser unos tarados, junto a alguien perfecto. Todos hemos de ser iguales. Y sobrellevarlo unidos. Hasta el fin.

—Hasta el fin... —suspiré—. Como si el fin no se hubiera producido ya.

Eché a andar entre ellos. Solamente pedí algo más: llevar conmigo la bolsa. Miraron su contenido. Al ver que eran medicamentos nada más, me autorizaron. En la noche alucinante de la Tierra muerta, caminé como uno más entre la cohorte de

fantasmas vivientes. Avancé entre hileras de contaminados con hábitos monacales y cánticos litúrgicos que no comprendía.

A mi lado, sentía los pasos suaves de Ruth. Y su mirada, a través de la máscara. Ella era la única ya que llevaba máscara. Su pudor de mujer era tierno, conmovedor. Sabía que yo conocía su rostro de ahora, su espantoso presente. Pero deseaba vivir aún en el pasado perdido para siempre.

Quería, cuando menos, que para mí, ella fuese aún Gina y no Ruth, la impura bíblica de la Comunidad actual.

Sí. Era un pensamiento hermoso y cálido, que hablaba aún de humanidad, de feminidad, de recato, de discreción.

Admiré íntimamente a Ruth. Y esos pensamientos hicieron más llevadera la dantesca marcha en la noche hacia uno de sus Refugios Prohibidos, uno de aquellos lazaretos subterráneos, donde se oraba y se ayunaba, a la espera del macabro festín de cada noche...

Fue una vez dentro del recinto, similar al que conociera en la ciudad de la noche anterior, cuando pregunté al fin, con un suspiro

—Y bien... El ceremonial de contaminación, ¿cuándo empieza?

—Ahora mismo —me respondió Salomón—. Me pregunto si tendrás fuerzas para soportarlo, extranjero....

—Lo soportaré. Sea lo que sea —dijo firmemente,.

—Bien. Eres valiente. Te felicito por ello. Ahora entrarás en el baño.

—¿El baño?

—Las aguas termales donde te bañarás con todos nosotros... para después ser abrazado por cada uno de nosotros, como un Hermano... y finalmente, inyectado de nuestra sangre, irás al reposo. Y al despertar...serás uno de los nuestros, un miembro de la Comunidad...

—Cielos...—susurré, estremecido.

—Cuando despiertes, extranjero... lo primero que desearás escomer.

—Oh, no —rechacé, angustiado, mirándole con horror—. Eso no...

—Así será —sonrió con su espantosa faz descarnada—. Y tú sabes la clase de manjar que se te ofrecerá... Pero entonces ya no sentirás horror. Y aceptarás gustoso, complacido, aquello que te ofreceremos, tras el sacrificio voluntario de uno de entre nosotros, que servirá de alimento en tu iniciación...

Quise sentirme fuerte, soportar aquellas palabras sin una vacilación, sin un fallo de mis energías.

No pude. Caí de bruces. Y perdí la noción de todo.

# CAPITULO IV

DESPERTÉ.

Era demasiado horrible despertar. Yo lo sabía. Lo supe apenas abrí mis ojos y me vi tendido junto a una charca nauseabunda, subterránea, de agua caliente, humeante, turbia. En ella, desnudos, cuerpos alucinantes, dignos de un infierno dantesco jamás imaginado, chapoteaban y reían, pendientes de mí, siguiendo mi proceso de reacción con entes curiosos y divertidos.

Me estremecí de horror. Miré ante mí. A Salomón, a Malaquías, a Ruth...

—¿Ya está...? —pregunté roncamente, con voz apenas reconocible.

—Sí, Milton —dijo ella—. Ya está. Ahora, eres Lázaro.

—Bienvenido a la Comunidad, Lázaro —me deseó Salomón, el Rector, enfáticamente.

—Lázaro... —musité, comprendiendo todo el alcance de aquellas palabras, su tremendo y rea! sentido—. De modo que todo terminó...

—Todo. Era mejor hacerlo durante tu inconsciencia. Eso facilitaba las cosas.

—¿Y ya.. me inyectaron? . —Ya. Tienes nuestra sangre maldita en tus venas. Estás contaminado sin remedio. Pronto empezará el proceso. Sentirás cómo aparecen ¡as primeras Hagas, cómo empiezas a rehuir la luz, a ocultarte de todos, sentir alterados tus pensamientos...Y tendrás hambre, Lázaro.

—*Hambre...* —temblé—. Oh, no, eso no...

—Es inevitable, Lázaro —sonrió Salomón—. Ya no hay vuelta atrás. El proceso es irreversible. Uno no se da cuenta de ello, y así ocurre, sin embargo. El mal avanza, el cuerpo enferma.

Se retiró majestuosamente, en silencio. Me quedé solo al borde .de las aguas termales. Solo con una estameña como la de todos ellos, por toda ropa. Me la puse lentamente. Ellos reían, agitaban sus horrendos brazos descarnados, saludándome alegres. Moví la cabeza, aterrado.

Salomón lo había dicho. Ya no había vuelta atrás.

Fueron saliendo del agua, poniéndose sus hábitos, palmearon mis hombros o apretaron mi mano aún sana y firme, con sus dedos repugnantes, llagados, huesudos e informes... Se alejaron en grupo. Pronto oí sus cánticos siniestros, retumbando en las bóvedas.

Me volví. No estaba solo. Ella estaba allí.

—Ruth... —murmuré.

—Lázaro, ya no hay remedio —musitó.

—Lo sé. No hay remedio. No se puede volver atrás...

—De todos modos, ha sido bastante sencillo y fácil. Tu desvanecimiento ayudó...

—Supongo que sí. Ahora, sólo debo esperar...

—Esperarás poco tiempo. En seguida notarás apetito. Y dolor en tu piel. Y aparecerán las primeras llagas. Y caerá tu cabello... Y tendrás aprensión, horror a la luz...

—Ruth, mi bolsa de medicamentos... ¿Dónde está?

—Yo la tengo. Me hice cargo de ella cuando perdiste el conocimiento. ¿Para qué va a servirte? Ya no hay nada que te pueda alterar el proceso, No hay remedio conocido para nuestro mal.

—De todos modos, quiero pedirte algo.

—¿A mí?

—Tú me pediste que fuese uno entre los vuestros. Y acepté. Ahora, debes aceptar tú lo que lo te pida.

—¿Qué es ello, Lázaro?

—Esos medicamentos. Tomarás dos vacunas diarias.

Y cápsulas de otro fármaco.

—¿Yo? Oh, no. ¿Por qué habría de hacerlo? No tiene sentido.

—Te ruego que lo hagas, Ruth.

—La Comunidad prohíbe tomar cosas que ellos no recomienden a los Hermanos. Está prohibido usar drogas, medicinas, venenos, calmantes... Hemos heredado dolor y sufrimiento. Y hemos de tolerarlo con resignación.

—Es una doctrina medioeval y bíblica. Pero la respeto. Esas medicinas no te aliviarán dolor alguno.

—¿Entonces...,?

—No preguntes, Ruth. Y acepta esa dosis que te ofrezco. Siquiera por un tiempo...

Ella me miró. Tuvo una duda. Luego, asintió.

—Puedo ser castigada por ello, si lo descubren. Tomaré las medicinas y dejaré sus frascos como si estuviesen aún llenos. ¿Tú también vas a tomarlo?

—Sí — afirmé—. Yo también.

* * *

—Es extraño, Hermano Lázaro...

—¿Extraño?

—Sí. Ya deberías sentirte como nosotros. Tener hambre, rehuir la luz... Tu piel tendría que empezar a ponerse brillante, tersa... Y tu pelo empezaría a caer...

Miré al espantoso ser llamado Salomón. El mal avanzaba en todos ellos a ojos vistas. Su apariencia física era horrenda, día tras día en aumento. A veces, veía caer los fragmentos de carne de sus rostros y manos.

No era agradable vivir allí. Verles salir de noche, salir con ellos, aunque sin probar sus horribles manjares. Mi naturaleza continuaba igual. Ni una reacción. Mi una llaga en mi piel. Nada.

Rechazaba su comida. Empezaban a mirarme con recelo, Aceptaron proporcionarme alimentos envasados. Sólo para mí. Ellos me veían comer con tanta repugnancia como yo a los demás. Ruth,

en silencio, nada comentaba. Pero nunca la vi sin máscara, sin guantes.

Fue al sexto día de paciente espera, cuando Salomón, Malaquías y Esdras se reunieron conmigo, poco antes de la nocturna correría habitual, formaron un silencioso corro ante mí.

—Hermano Lázaro, hemos tomado una decisión —dijo Salomón al fin.

Me sentí inquieto. Les miré.

—¿Una decisión? —quise saber—. ¿Cuál?

—Vas a ser inoculado de nuevo. Doble inyección de sangre nuestra en tus venas.

—Oh, eso —me sentí aliviado—. Si lo consideráis necesario...

—Nunca fue necesario. Pero en tu caso, parece ser que sí. Acaso tu larga estancia en el espacio exterior alteró tu metabolismo y hace difícil la contaminación... De cualquier modo, Hermano Lázaro, será la última prueba.

—No entiendo...

—Tras la doble transfusión, esperaremos tres fechas Sólo tres. Al término de ellas, espero que surjan llagas en tu piel.

—¿Y... si no fuese así? —murmuré.

—Si no fuese así... no habría una tercera prueba —sentenció Malaquías.

—Y serías sacrificado como alimento. De modo definitivo —concluyó Esdras rotundo.

Se incorporaron los tres. Se alejaron en silencio. Miré. Ruth aparecía tras unas rocas de! lóbrego subterráneo donde deambulaban los leprosos de las radiaciones. Había escuchado el conciliábulo. No comentó nada en principio.

—Ya oíste —dije.

—Sí, ya oí —musitó—. ¿Qué piensas hacer?

—Nada. Debo aceptar la segunda transfusión de vuestra sangre.

—¿Dará resultado, esta vez? —dudó ella.

—Espero que no.

—Eso significará tu muerte, después de todo. No habremos ganado nada, Milt... Lázaro.

—Habremos ganado algo: unos días. Un poco de tiempo.

—Tiempo... ¿para qué?

—No lo sé —me encogí de hombros—. Ruth, ¿sientes algo especial?

—No, nada —rechazó ella, con un suspiro.

—Esperemos aún... si hay tiempo —moví la cabeza—. Si dentro de tres días todo sigue igual, estoy perdido, Ruth.

—Si tu piel ofrece llagas, habrás salvado la prueba.

—Eso es. Pero ¿ofrecerá esas llagas dentro de tres fechas?

Ruth no supo qué contestarme. Pero los hechos dieron la respuesta.

Al tercer día, Salomón y Malaquías examinaron mis brazos, cuello y rostro. Vi la satisfacción en su gesto deforme, horriblemente descarnadas las facciones...

—Todo va bien —dijo Salomón, complacido—. Aquí están las llagas... Enhorabuena, Lázaro. Ya eres uno de nosotros...

* * *

—Uno de nosotros...

—Sí, Ruth. Ya tengo llagas. El mal está en mí. Aflora a mi piel. Como dice la Biblia pronto los sacerdotes podrán llamarme «impuro». Sólo que ahora no hay puros. Sólo nosotros, los leprosos...

Ruth se mantuvo en silencio unos instantes. Luego, oí débil, apagadamente su voz

—Lázaro...

—¿Sí? —la miré, sorprendido.

—Lázaro, me preguntaste hace tres días... si notaba algo especial.

—Sí, lo recuerdo. Me dijiste que no...

—Lázaro, yo... yo noto que algo ha cambiado en mí...

—¿Qué, exactamente? —indagué, tenso.

—Mi piel... Mis tejidos... Ya no caen. No se desprenden. Las llagas no avanzan...

—Dios sea loado, si fuese cierto...

Se inclinó de pronto. Me mostró algo en su cabeza, bajo la caperuza.

—Mira —dijo—. Es cabello. Cabello *auténtico*. Me ha crecido.

—¡Ruth... —temblé de excitación.

—No he dicho nada a nadie. Procura que no me vean, que no sepan... Lázaro, ¿crees que puede ser... puede ser la medicación? Esas vacunas, las píldoras...

—Estoy seguro. Eso os .evitó morir en el acto. Ahora, el tratamiento masivo, altera tu sangre, regenera posiblemente tus tejidos enfermos. Recuerda que esto ni siquiera es lepra. Y la lepra auténtica tenía ya drogas curativas. Esto es simple radiación, efectos de una nueva arma química...

—Una nueva arma... que nos convirtió en monstruos,

—Sí, Ruth. Sigue el tratamiento. Como hago yo.

—Pero tus llagas, Milton...

—Mis llagas nada significan. Reduje la dosis, dejé que apareciesen. Ahora sé que puedo borrarlas de nuevo en sólo dos días, Ruth... Sigamos. Sigamos aún.

—Pero si no te haces antropófago, como todos ellos... no creerán en tu metamorfosis.

—Lo atribuiré a una alteración biológica por el vuelo espacial. Señalaré que mi proceso es más lento, pero tan inexorable como si fuese vertiginoso... Sí, Ruth. Espero que, cuando menos, podamos mantener el engaño un cierto tiempo... Eso espero... y en ello confío...

—Milton, se terminarán pronto los medicamentos...

—Cuando salgamos esta noche, buscaré más... Y así cada vez... en tanto necesitemos de él...

Ruth se alejó. Venían otros contaminados, Conversar más, era.peligroso. Ahora ya sabía yo que las cosas estaban resultando. Que mi teoría era cierta. Una simple medicina moderna, una droga

contra un mal epidémico, frenaba y reducía un proceso similar al de la lepra, pero provocado por radiaciones químicas. Lo importante era saber si también curaba definitivamente... e impedía el desarrollo definitivo del mal.

Esa era mi prueba. Mi gran prueba.



* * *

La farmacia de la ciudad vecina era bastante importante.

Pude recoger bastantes frascos, que guardé bajo mí hábito, mientras los demás danzaban su aquelarre en el cementerio, buscando tumbas, cadáveres...

Comí lo que buenamente me fue posible hallar en una vieja tienda. Los Hermanos recelaban de mí, mientras revelase todavía los instintos humanos habituales y no los de todos ellos. Pero me hubiera sido imposible fingir en ciertas cosas, como eran sus festines demoníacos.

Mis llagas progresaban muy lentamente. Tan lentamente, que Salomón y los demás estaban impacientes. El día antes, uno de los Hermanos había llegado al fin de su proceso. Malaquías murió repentinamente, con el rostro convertido en un auténtico esqueleto. Le vi perder uno de sus ojos, fragmentos horribles de nariz, de mentón, de cuero cabelludo...

Le sobrevino la muerte, y siguió su destino previsto: alimento para los demás... Creo que nunca sentí más horror que entonces.

Salí de la farmacia, con los frascos en mis ropas monacales. Me sobresaltó tropezarme con Esdras. El me miró, receloso.

—Eh, ¿qué hacías ahí dentro, Lázaro?

—Curioseaba, eso es todo —dije en la oscura noche fantasmal.

—¿En una farmacia?.—se sorprendió él—. Extraño sitio de curiosear. No hay nada interesante en ellas.

—Para mí, sí. Siempre me gustó la medicina, la farmacopea... Aún recuerdo aquellos tiempos, Esdras...

—Ya. ¿Por eso llevaste contigo tantos medicamentos al Refugio... y no queda apenas nada de ellos?

Me sentí cazado. Esdras era astuto. Peligroso. Había sospechado algo. No supe cómo manejar el problema, pero lo intenté.

—Oh, eso —dijo, sonriendo—. A veces tengo miedo de sufrir, y tomo alguna cosa...Ya sé que está prohibido, pero por una vez... No se repetirá, palabra.

—Estás mintiendo —me acusó Esdras fríamente—. Ahora entiendo algunas cosas. Sé por qué has venido, por qué nuestra sangre no te afecta. Te medicas, Lázaro. Has encontrado el modo de impedir que progrese la contaminación... ¡Nos estás engañando a todos, sólo para sobrevivir, mezclado con nosotros! ¡Es un engaño, una mentira! ¡La muerte es tu castigo, y Salomón va a saber en seguida lo que tú...!

No tuve otro remedio que hacerlo. Esdras sabía demasiado. Y, como él decía, la muerte era el castigo.

Salté sobre él. Le aferré por el cuello. Le golpeé furiosamente el rostro y le llevé contra el muro, pegándole allí con la cabeza repetidas veces.

Sus tejidos, blandos y enfermos, su extremo estado de debilidad y de virulencia en su mal, que días más tarde le hubiera llevado a morir, tenían poca resistencia para un ataque semejante.

Cayó de bruces a mis pies. Me incliné. Estaba muerto. No hablaría ya. Eso podía darme aún cierto margen. Bien sabía Dios que ya no se trataba solamente de mí. Estaba luchando por algo más. Por mucho más...

Empecé a incorporarme, tratando de pensar algo. No había contaminados por allí cerca. Ocultaría el cuerpo. Y fingiría ignorar lo sucedido con Esdras, cuando regresara al Refugio...

* * *

—¿Esdras? Cielos, ¿y qué ha sido de él?

Mi pregunta sonó convincente, ingenua. Salomón me contempló, pensativo.

—No sabemos —dijo—. Nadie lo sabe. No regresó anoche del pueblo cercano... Nadie le ha vuelto a ver. Pensé que tal vez...

—No —negué, sereno—. No sé nada. No le he visto...

—Entonces, algo le sucedió. Ha desaparecido. Esta noche buscaremos, hermanos. Por todas partes. Hay que dar con él, esté donde esté...

No añadió más. Yo me aparté del grupo. Ruth estaba cerca de *mí*, pensativa. Antes de llegar a ella, Salomón me dio alcance.

—Espera, Lázaro —me dijo.

—¿Sí? —me volví hacia él. En torno nuestro, la luz cárdena era la única que podían, ver mis ojos durante el día. Arriba, a plena luz del sol no había nadie. La puerta de negra piedra, estaba herméticamente cerrada. Nadie abandonaba el recinto hasta la noche.

—Quisiera ver el procese de tus llagas —dijo—. ¿Todo sigue igual?

—Más o menos. Han crecido algo, eso sí.

—Pero tus ojos siguen sin sufrir dolor ante la luz, Y tu estómago no te pide comida. Nuestra comida...

—No —me estremecí—. Aún no. Es lento el proceso, tú sabes. Mi vuelo espacial acaso...

—Deja que te examine, Lázaro —pidió secamente.

Se acercó. Su aspecto era ya repulsivo, y sobre iodo cerca de uno. Se deshacía por días. Pronto sobrevendría su muerte. Y él lo sabía.

—Veamos... —estudió mis llagas visibles—. Sí, algo mayores, pero aún no definitivas. El mal tarda en desarrollarse... Eres muy fuerte, Lázaro. Quizá demasiado...

De repente, me zarandeó. Yo no lo esperaba. Algo cayó de entre mis ropajes. El se agachó rápidamente. Lo tomó, agitándolo triunfalmente.

—¡Lo sabía! —aulló—. ¡Estaba seguro!

—Salomón, ¿qué es lo que crees? Eso es...

—¡Esto es un medicamento! ¡Una vacuna! —lo mostró a todos, a los centenares de asombrados leprosos. ¿Veis? ¡Una medicina! ¡Lázaro la toma secretamente, y por eso no progresa su mal! ¡Está

engañándonos, y sin duda él se deshizo de Esdras, si nuestro hermano descubrió su juego! ¡Esdras mismo me había dicho que notaba algo raro en él...!

Hubo un murmullo amenazador. Salomón era para mí ia imagen misma del desastre.

—Espera—pedí, desesperado—. Te explicaré...

—No vas a explicar nada —replicó él abruptamente—.

Í22

Nada de nada, hermano Lázaro...., Está decidido. Vas a ser devorado AHORA. ¡Sin apelación posible!

Y les vi avanzar hacia mí, como una espantosa, nauseabunda, repugnante marea humana, que terminaría por destruirme del modo más horrible que se podía imaginar.

No podía hacer nada. Esta vez, no. Sólo dejarme arrollar, morir, ser devorado...

Ruth trató de impedirlo, pese a todo. Corrió a mi lado, elevó su voz potente y sonora, llena de autoridad:

—¡Esperad, no seáis locos! ¡Lo que Lázaro nos ofrece acaso sea la salvación para todos, el regreso a una vida digna y humana! —gritó.

—Aparta, Ruth —avisó Salomón, amenazador—. Has perdido tu autoridad. Eres culpable, como él. Le encubres, le ayudas...

—¡Sólo espero lo mejor para los que sobrevivan! —protestó ella violentamente—. ¡Y lo mejor es luchar, tratar de ser humanos de nuevo, cortar nuestro horrible mal...! ¡Él ha encontrado el remedio! ¡Todo esto es un simple experimento, y él sabe que podemos volver a ser quienes fuimos! ¡Ahora lo sabe, como lo sé yo! ¡No podéis sacrificar al hombre que nos salve de nuestro horrible destino...! ¡Escuchadme todos...!

Pero nadie la escuchaba. Salomón se abalanzó sobre ella, intentando evitar que se aproximase a mí. Forcejearon. Me volví para ayudarla. Entonces, la mano sarmentosa y fétida de Salomón, tocó su rostro, se enganchó en su máscara, y la arrancó de un tirón.

Retrocedió, atónito. Yo también. Incrédulo, miré aquel rostro, bajo la caperuza... —¡Cielos! —aullé—. ¡GINA...!

* * *

Volvía a ser Gina. Ya no era Ruth. No era la contaminada, la leprosa, la horrible y deforme Ruth...

Sus tejidos se habían renovado. Volvía a tener un rostro joven y atractivo, unos ojos hermosos y radiantes. Su caperuza cayó atrás. Una mata de oscuros cabellos sedosos apareció.

Era un milagro. Era ella, otra vez.

—Cielos, Ruth... Gina —musité—. Tú... ¡vuelves a ser la misma...!

—Me ha costado ocultarlo. Ignoraba cuándo se descubriría... Milton, tu idea era cierta. La droga, la vacuna... ¡Salomón, tienes que escucharnos! ¡Todos podéis ser de nuevo los que erais...!

Salomón, malévolo, movió su espantosa, fea cabeza. Negó rotundo.

—No, Ruth... Es tarde para eso. Hicimos un juramento. Somos leales a él. Nos entregamos a un culto diferente. No sabríamos ser ahora como antes, enfrentarnos al día, a la vida, rehacer algo allá arriba... Hay que morir. Morir lentamente, sufriendo... Es el modo de purgar tanto crimen, tanto horror, tanta estupidez humana...



—Nada se gana con eso, Salomón —rechacé—. ¡Hay que luchar, hay que rehacer algo, hay que buscar la redención en el esfuerzo, no en la tortura!

—Es tu idea, hombre maldito, extranjero —jadeó Salomón—, La mía es más fuerte. No saldréis de aquí, De nada os vale ser hermosos de nuevo, no tener lacras.,. ¡Seréis alimento de mis hermanos!

—¡No! —rugí.

Saqué de mis ropas algo que había recuperado el día aquel mismo, tras la muerte de Esdras en el pueblo: el revólver. Disparé contra Salomón, cuando intentó evitar que Ruth y yo saliéramos a la carrera hacia la escalera de acceso a la salida,

Cayó Salomón con un estertor. Se arrastró por, el suelo rocoso. Se abalanzaron sobre él un alud de sus espantosos hermanos. Otros leprosos corrieron tras de nosotros, ávidos de ampliar su festín inesperado...

Nunca corrí más que ahora. Ruth también parecía llevar alas en sus piernas. Se había despojado de los guantes, Tocaba manos suaves tersas, hermosas. Volvía a ser una mujer. Una hermosa mujer...

Alcanzamos la piedra negra. Ella forcejeó, mientras yo disparaba una y otra vez, y los enemigos caían escaleras abajo, heridos a balazos.

La puerta cedió. Se abrió la negra losa. Entró un repentino raudal de, luz de sol. Chillaron los contaminados, corrieron a ocultarse como alimañas, lejos del alcance.de la luz que nos bañaba a ambos...

Ruth pestañeó, cegada, Yo también. Eso fue todo.

Nos miramos, sonrientes, triunfantes. Al menos, de momento...

—Ruth, vamos afuera. El sol, la luz... no te dañan ya.

—No. Ya no. Vamos, Milton... y que Dios nos ayude...,

—No sé si nos ayudará —dije. Salimos, se cerró la losa. Hasta la noche, cuando menos—. La situación es la misma. Únicamente que... no estoy solo. Somos dos, Gina... Dos contra todos ellos. Podemos perder la batalla...

—La ganaremos. Seguiremos tomando la droga, la vacuna, Huiremos día y noche, nos defenderemos unidos hasta que ellos se extingan o comprendan. Ahora... ahora hay una esperanza, Milton. No sólo para nosotros, sino para el mundo.

—Sí —afirmé—. Ahora, sí. Somos hombre y mujer. Puede haber, otro principio. Otra Humanidad diferente y mejor. ¡Lucharemos, Gina! ¡Vaya si lucharemos!

Le oprimí su mano, Y ella la mía. Nos miramos, llenos de fe, de esperanza.

Y corrimos. Corrimos bajo el sol que bañaba la costa mediterránea desierta. Éramos dos. Los únicos. Los últimos, Tal vez,

también, los primeros...

F I N

# Notas

[1] *Alude a la frase final de Hamlet, donde el protagonista dice, agonizante ya: Portimbrás será rey de Polonia. Para Hamlet, nada queda. Sólo el resto. Y el resto... es silencio.*<<